

La tradición de AA

Cómo se desarrolló

— por **Bill W.**

Un recorrido por
los acontecimientos
históricos que condujeron
a nuestras distintivas
Doce Tradiciones.

ALCOHÓLICOS ANÓNIMOS® es una comunidad de hombres y mujeres que comparten su mutua experiencia, fortaleza y esperanza para resolver su problema común y ayudar a otros a recuperarse del alcoholismo. El único requisito para ser miembro de AA es el deseo de dejar la bebida. Para ser miembro de AA no se pagan derechos ni cuotas; nos mantenemos con nuestras propias contribuciones. AA no está afiliada a ninguna secta, religión, partido político, organización o institución alguna; no desea intervenir en controversias; no respalda ni se opone a ninguna causa. Nuestro objetivo primordial es mantenernos sobrios y ayudar a otros alcohólicos a alcanzar el estado de sobriedad.

© AA Grapevine, Inc.,
reimpreso con autorización.

Este preámbulo y los artículos que componen este folleto están protegidos por derechos de autor que le pertenecen a AA Grapevine, Inc., y se reproducen con autorización.

© de la traducción, Alcoholics Anonymous
World Services, Inc., 2024.

Todos los derechos reservados.

Domicilio postal:
Box 459, Grand Central Station
New York, NY 10163

www.aa.org

Impreso en los Estados Unidos de América

En este folleto, Bill W., cofundador de AA, cuenta la historia del origen y desarrollo de los principios fundamentales que aseguran la unidad y supervivencia de AA.

En el prólogo, Bill W. expone los «Doce principios [de la tradición de AA] para asegurar nuestro futuro» en su forma original. Salvo en la Segunda Tradición, dicha redacción original fue modificada o abreviada.

Hay dos artículos de Bill W. sobre las tradiciones relacionadas con el anonimato; uno fue escrito cuando la Comunidad sumaba once años; el otro, nueve años después. En ambos se sustentan nuestras bien conocidas —pero no muy bien comprendidas— Undécima y Duodécima Tradiciones.

Prólogo

por Bill W.

1955

¿Cuál es la mejor manera de preservar nosotros, los AA, nuestra unidad? De ello trata esta publicación.

Cuando una persona alcohólica pone en práctica en su vida los Doce Pasos de nuestro programa de recuperación, su *desintegración* se detiene y comienza su *unificación*. El Poder que ahora la mantiene unificada y completa vence las fuerzas que la habían deshecho.

Exactamente el mismo principio es aplicable a cada grupo de AA, y a Alcohólicos Anónimos en su totalidad. Mientras los lazos que nos vinculan sean más firmes que las fuerzas que —si pudieran— nos dividirían, todo irá bien. Nuestro movimiento estará seguro; nuestra unidad fundamental será auténtica.

Si —como miembros de AA— cada uno renunciamos al reconocimiento público y al ansia de poder; si —como movimiento— perseveramos en la pobreza, ahorrándonos así disputas sobre grandes propiedades y su explotación; si nos rehusamos firmemente a formar alianzas políticas, religiosas o de otra índole, evitaremos con ello la división interna y la notoriedad pública; y si —como movimiento— seguimos siendo una organización espiritual, interesada únicamente en transmitirle nuestro mensaje a quienes aún sufren por su alcoholismo, sin esperar a cambio dinero o favores, podremos entonces cumplir nuestra misión con la máxima eficacia. Cada vez es más evidente que nunca debemos aceptar los beneficios temporales, ni siquiera los más tentadores, si estos consistieran en sumas considerables de dinero, o si pudieran involucrarnos en alianzas o colaboraciones polémicas, o tentar a algunos de nosotros a aceptar —en calidad de miembros de AA— notoriedad personal mediante la prensa o la radio. Para nosotros, los AA, la unidad es tan necesaria que no podemos permitirnos las actitudes y prácticas que han llegado a corromper a otras asociaciones de diversa índole. Hasta ahora, hemos salido adelante gracias a que hemos actua-

do de otra forma. Ojalá nos mantengamos en ese camino.

Sin embargo, la unidad de AA no puede preservarse a sí misma mecánicamente; siempre tendremos que esforzarnos por conservarla —como con nuestra propia recuperación—. Para esto, sin duda necesitamos también ser sinceros, humildes, comprensivos, abnegados y, sobre todo, velar por ella. Por lo tanto, quienes llevamos más tiempo en AA les suplicamos a ustedes, la nueva generación, que ponderen cuidadosamente la experiencia que hemos acumulado al tratar de colaborar y convivir todos. Quisiéramos que todo miembro de AA esté consciente de las tendencias inquietantes que nos ponen en peligro a todos —tal como lo está de los defectos personales que amenazan su propia sobriedad y tranquilidad de espíritu—, pues ya en el pasado, movimientos enteros también han «recaído».

El artículo «Doce principios de la tradición de AA [para asegurar nuestro futuro]» que aquí se presenta es nuestro primer borrador para establecer principios sólidos que guíen la conducta grupal y nuestras relaciones con el público. Por ser uno de los iniciadores de AA, se me pidió que publicara estos principios —acompañados de sendos ensayos— en forma de artículos seriadados en nuestra revista mensual *AA Grapevine*. Muchos AA ya están convencidos de que estas Doce Tradiciones son suficientemente sólidas para servir de guía básica y de protección para AA en su totalidad; de que debemos practicarlas en nuestra vida en grupo con la misma seriedad con que practicamos los Doce Pasos de recuperación individualmente. Esto lo sabremos con el tiempo.

Ojalá que nunca olvidemos que, sin unidad permanente, es poco el alivio duradero que podremos ofrecer a las decenas de miles que, en su afán de libertad, aún no se han unido a nosotros.

Nadie inventó a Alcohólicos Anónimos: *brotó*; y nuestras pruebas y errores produjeron abundante experiencia. Poco a poco, hemos venido adoptando las lecciones de tal experiencia; primero, como política, y luego, como tradición. Este desarrollo continúa, y esperamos que nunca termine. Si llegáramos a ser demasiado rígidos, la letra podría destruir ese espíritu. Podríamos esclavizarnos nosotros mismos con normas y prohibiciones mezquinas, imaginándonos que ya todo está dicho. Podríamos incluso pedir a los alcohólicos que aceptaran nuestras ideas rígidas o, si no, que se alejaran. ¡Ojalá que nunca sofoquemos así el progreso!

No obstante, las lecciones de nuestra experiencia valen mucho. Llevamos años conociendo a fondo el problema de convivir y colaborar todos. Si logramos salir adelante en esta aventura —y seguimos así—, entonces —y solo entonces— nuestro futuro estará asegurado.

Puesto que la calamidad personal ya no nos mantiene cautivos, nuestra mayor inquietud es ahora el futuro de Alcohólicos Anónimos; cómo habremos de preservar entre nosotros, los AA, una unidad tan sólida que ni las debilidades personales ni las tensiones ni los desacuerdos de esta época conflictiva puedan perjudicar nuestra causa común. Estamos conscientes de que Alcohólicos Anónimos debe seguir existiendo; de otra manera —salvo contadas excepciones—, nosotros y nuestros compañeros alcohólicos en todas partes del mundo seguramente reanudaríamos nuestro desesperado viaje hacia el olvido.

Prácticamente cualquier AA puede decirte cuáles son nuestros problemas grupales; básicamente, tienen que ver con nuestras relaciones, tanto entre nosotros mismos como con el mundo en que vivimos. Estas abarcan la relación del miembro de AA con su grupo; la relación de su grupo con la totalidad de Alcohólicos Anónimos; y la posición de Alcohólicos Anónimos en ese mar agitado que llamamos *sociedad moderna* —donde la humanidad entera naufragará o encontrará refugio—. Es sobremanera relevante el problema de nuestra estructura básica y nuestras actitudes hacia las cuestiones siempre difíciles que suponen el liderazgo, el dinero y la autoridad. El futuro bien podría depender de la forma en que percibimos y reaccionamos ante temas controversiales, y de cómo concebimos nuestras relaciones públicas. Es casi seguro que nuestro destino dependerá de lo que decidamos hacer en el presente para afrontar estas cuestiones tan peligrosas.

Llegamos ahora al punto crucial de nuestra discusión; a saber: ¿Hemos adquirido ya la experiencia necesaria para establecer políticas bien definidas en cuanto a dichas inquietudes principales? ¿Podemos ahora establecer los principios generales que, con el tiempo, podrían constituir tradiciones vitales; tradiciones arraigadas en el corazón de cada miembro de AA, con profunda convicción propia y de común acuerdo con sus compañeros? Esa es la cuestión. Aunque es posible que nunca se eliminen completamente todas nuestras dudas, estoy seguro de que por fin hemos llegado a un punto de referencia des-

de el que podemos distinguir el conjunto de principios esenciales que constituirían la tradición que —Dios mediante— podrá oponerse eficazmente a los estragos del tiempo y las circunstancias.

Siguiendo el consejo constante de viejos amigos de AA, y convencido de que ahora es posible el acuerdo general y el asentimiento de nuestros miembros, me atrevo a redactar bajo el nombre «Doce principios [de la tradición de AA] para asegurar nuestro futuro» las siguientes sugerencias para una tradición de relaciones de Alcohólicos Anónimos:

La experiencia de AA nos ha enseñado que:

1. Cada miembro de AA no es sino una pequeña parte de una gran totalidad. Es necesario que AA siga viviendo o, de lo contrario, la mayoría de nosotros seguramente morirá. Por eso, nuestro bienestar común tiene prioridad. No obstante, el bienestar individual lo sigue muy de cerca.

(«Nuestro bienestar común debe tener la preferencia; la recuperación personal depende de la unidad de AA»).

2. Para el propósito de nuestro grupo solo existe una autoridad fundamental: un Dios amoroso tal como se exprese en la conciencia de nuestro grupo.

(«Para el propósito de nuestro grupo solo existe una autoridad fundamental: un Dios amoroso tal como se exprese en la conciencia de nuestro grupo. Nuestros líderes no son sino servidores de confianza; no gobiernan»).

3. Nuestra comunidad debe incluir a todos los que sufren del alcoholismo. Por eso, no podemos rechazar a nadie que quiera recuperarse. Ni debe el ser miembro de AA depender del dinero o del acatamiento de normas. Cuandoquiera que dos o tres alcohólicos se reúnan en interés de la sobriedad, podrán llamarse *un grupo de AA*, con tal de que, como grupo, no tengan otra afiliación.

(«El único requisito para ser miembro es querer dejar de beber»).

4. Con respecto a sus propios asuntos, todo grupo de AA debe ser responsable únicamente ante la autoridad de su propia conciencia. Sin embargo, cuando sus planes atañen al bienestar de los grupos vecinos, se debe consultar con los mismos. Ningún grupo, comité regional o individuo debe adoptar ninguna medida que pueda afectar de manera significativa a AA en su totalidad, sin discutirlo con los custodios de The Alcoholic Foundation, Inc.

(la Fundación Alcohólica)¹. En tales casos, nuestro bienestar común es lo más importante.

(«Cada grupo debe ser autónomo, excepto en asuntos que afecten a otros grupos o a Alcohólicos Anónimos considerado como un todo»).

5. Cada grupo de AA debe ser una entidad espiritual con un solo objetivo primordial: transmitir el mensaje al alcohólico que aún sufre.

(«Cada grupo tiene un solo objetivo primordial: llevar el mensaje al alcohólico que aún está sufriendo»).

6. Los problemas de dinero, propiedad y autoridad fácilmente pueden desviarnos de nuestro principal objetivo espiritual. Por lo tanto, somos de la opinión de que cualquier propiedad considerable de bienes de uso legítimo para AA debe constituirse legalmente y ser administrada por separado —para diferenciar claramente lo material de lo espiritual—. Un grupo de AA, como tal, nunca debe montar un negocio. Las entidades de ayuda suplementaria —como los clubes y hospitales, que suponen mucha inversión o administración— deben constituirse legalmente por separado, de manera que, de ser necesario, los grupos puedan desecharlas sin mayor problema. Es por eso que tales entidades no deben utilizar el nombre «AA». Quienes mantienen económicamente esas entidades deben hacerse responsables de su funcionamiento, y nadie más. En cuanto a los clubes, en general, es preferible que sus administradores sean miembros de AA. Pero los hospitales, así como los centros de recuperación, deben operar totalmente aparte de AA —y bajo supervisión médica—. Aunque un grupo de AA puede cooperar con quien sea, esa cooperación nunca debe llegar al extremo de la afiliación o el respaldo —o dar esa impresión—. Un grupo de AA no puede vincularse con nada ni nadie.

(«Un grupo de AA nunca debe respaldar, financiar o prestar el nombre de AA a ninguna entidad allegada o empresa ajena, para evitar que los problemas de dinero, propiedad y prestigio nos desvíen de nuestro objetivo primordial»).

7. Los grupos de AA deben mantenerse completamente con las contribuciones voluntarias de sus miembros. Nos parece conveniente que cada gru-

¹ En 1954, la denominación *The Alcoholic Foundation, Inc.* [la Fundación Alcohólica] cambió por *The General Service Board of Alcoholics Anonymous, Inc.* [la Junta de Servicios Generales de Alcohólicos Anónimos], y su oficina es ahora la Oficina de Servicios Generales.

po alcance este ideal lo antes posible; creemos que cualquier solicitud de fondos al público que emplee el nombre de AA es muy peligrosa —trátese de grupos, de clubes, de hospitales o de otras entidades ajenas—; que el aceptar grandes donaciones de cualquier fuente, o contribuciones que supongan cualquier obligación, no es prudente. Además, nos parece preocupante que algunas tesorerías en AA acumulen más dinero del que supone una reserva prudente, sin un propósito definido relacionado con AA. A menudo, la experiencia nos ha advertido que nada hay que tenga más poder para destruir nuestra herencia espiritual que las disputas vanas sobre la propiedad, el dinero y la autoridad.

(«Cada grupo de AA debe mantenerse completamente a sí mismo, negándose a recibir contribuciones de afuera»).

8. Alcohólicos Anónimos debe mantenerse por siempre sin fines de lucro. Al hablar del carácter *no profesional* de AA, lo hacemos en el sentido de que no se cobran honorarios ni pagos de ningún tipo a los alcohólicos por brindarles ayuda. No obstante, para realizar ciertas funciones, de todos modos tendríamos que contratar a personas no alcohólicas; en tales casos podemos contratar a alcohólicos. Estos servicios especiales pueden ser bien remunerados, pero nunca se paga por la labor habitual del Paso Doce de AA.

(«Alcohólicos Anónimos nunca tendrá carácter profesional, pero nuestros centros de servicio pueden emplear trabajadores especiales»).

9. Cada grupo de AA debe tener el mínimo posible de organización. El liderazgo rotativo es normalmente el mejor. El grupo pequeño puede elegir a su secretario; el grupo grande, a su comité rotativo; y los grupos de una extensa área metropolitana, al comité de su oficina central o intergrupala —que a menudo emplea un secretario asalariado de plena dedicación—. Los custodios de The Alcoholic Foundation, Inc. (la Fundación Alcohólica) constituyen, de hecho, nuestro comité de servicios generales de AA; son los guardianes de nuestra tradición de AA y los depositarios de las contribuciones voluntarias de AA —por medio de las cuales mantenemos la Oficina de Servicios Generales de AA en Nueva York—; cuentan con la autorización de los grupos para hacerse cargo de nuestras relaciones públicas en general, y aseguran la integridad de nuestra revista principal, *AA Grapevine*. Todos estos representantes deben guiarse por el espíritu de servicio; pues los verdaderos líderes en AA no son

sino experimentados servidores de confianza de la Comunidad entera; sus nombramientos no les confieren en realidad ninguna autoridad; no gobiernan. El respeto para todos es la clave de su utilidad.

(«AA como tal nunca debe ser organizada; pero podemos crear juntas o comités de servicio que sean directamente responsables ante aquellos a quienes sirven»).

10. Ningún miembro o grupo de AA debe nunca —de una manera que pueda comprometer a AA— manifestar ninguna opinión sobre cuestiones polémicas ajenas, especialmente las que tienen que ver con la política, la reforma del alcohol o las denominaciones religiosas. Los grupos de Alcohólicos Anónimos no se oponen a nadie. Con respecto a estos asuntos, no tienen opinión alguna.

(«Alcohólicos Anónimos no tiene opinión acerca de asuntos ajenos a sus actividades; por consiguiente, su nombre nunca debe mezclarse en polémicas públicas»).

11. Nuestras relaciones con el público general deben caracterizarse por el anonimato personal. Opinamos que AA debe evitar la propaganda sensacionalista. No se deben publicar, filmar o difundir nuestros nombres o fotografías, identificándonos como miembros de AA. Nuestras relaciones públicas deben guiarse por el principio de *atracción en vez de promoción*. Nunca hay que alabarnos a nosotros mismos; nos parece mejor dejar que nuestros amigos nos recomienden.

(«Nuestra política de relaciones públicas se basa más bien en la atracción que en la promoción; necesitamos mantener siempre el anonimato personal ante la prensa, la radio y el cine»).

12. Finalmente, nosotros, los Alcohólicos Anónimos, creemos que el principio de anonimato tiene una inmensa significación espiritual; nos recuerda que debemos anteponer los principios a las personalidades; que debemos practicar una humildad genuina. Todo esto, a fin de que nuestras grandes bendiciones nunca nos estropeen, y que vivamos siempre en contemplación agradecida de Dios, quien preside sobre todos nosotros.

(«El anonimato es la base espiritual de todas nuestras tradiciones, recordándonos siempre anteponer los principios a las personalidades»).

¿QUIÉN ES MIEMBRO DE ALCOHÓLICOS ANÓNIMOS?

1946

La Tercera Tradición surgió de este ensayo de Bill W., publicado en el AA Grapevine.

La primera edición del libro *Alcoholics Anonymous* (*Alcohólicos Anónimos*) hace esta breve declaración acerca de la pertenencia a Alcohólicos Anónimos: «El único requisito para ser miembro de AA es un deseo sincero de dejar la bebida. No estamos aliados con ninguna religión, secta o denominación en particular, ni nos oponemos a nadie. Simplemente deseamos poder ayudar a aquellos que sufren esta enfermedad». Esto expresaba lo que pensábamos en 1939, año en que se publicó el libro.

Desde aquella época, se han hecho todo tipo de experimentos con respecto a la pertenencia a AA. Es innumerable la cantidad de reglas para ser miembro que se han establecido —y, en su mayor parte, quebrantado—. Hace dos o tres años, la oficina general pidió a los grupos que hicieran listados de sus reglas para ser miembro, y que nos los enviaran. Después de haberlas recibido, las recopilamos. ¡Abarcaron un gran número de hojas! Tras reflexionar brevemente sobre tantísimas reglas, llegamos a una sorprendente conclusión: Si todos estos edictos se hubieran aplicado en todas partes a la vez, a ningún alcohólico le habría sido posible unirse a Alcohólicos Anónimos. Más o menos nueve de cada diez de nuestros más antiguos y mejores miembros no habrían podido pasar por la criba.

En algunos casos, nos habría desalentado mucho lo que se exigía que cumpliéramos. La mayoría de los miembros pioneros de AA habrían sido expulsados por haber recaído demasiadas veces; o porque sus costumbres eran muy relajadas; o porque, además de su alcoholismo, padecían trastornos mentales; o porque —aunque no lo crean— no provenían de las llamadas «mejores clases sociales». A

nosotros, los «viejos», nos habrían excluido porque no habíamos leído el libro *Alcohólicos Anónimos*, o porque nuestros padrinos no quisieron avalarnos como candidatos. Y así, ad infinitum. Al recordar la manera en que nuestros alcohólicos «dignos» a veces quisieron juzgar a los «menos respetables» da risa. Si puedes, imagínatelo: ¡un alcohólico juzgando a otro!

En alguna que otra ocasión, la mayoría de los grupos de AA se ponen a inventar reglas «hasta la embriaguez». Además, como es de suponer, al comenzar a crecer rápidamente, un grupo se ve enfrentado con muchos problemas alarmantes. Los mendigos comienzan a mendigar. Algunos miembros se emborrachan y, a veces, hacen que otros se emborrachen con ellos. Los que tienen problemas mentales caen en depresiones o hacen acusaciones paranoicas contra sus compañeros. Los chismosos chismorrear o, como las personas «libres de culpa» que son, se ponen a denunciar a los «lobos» y las «caperucitas rojas» del grupo. Hay recién llegados que tajantemente afirman no ser alcohólicos... pero siguen asistiendo a las reuniones. Los «recaídos» se aprovechan de la reputación de AA para obtener un puesto de trabajo. Otros se niegan a practicar todos los Doce Pasos del programa de recuperación. Otros van aún más lejos, alegando que «todo esto de Dios es una tontería completamente innecesaria». Bajo estas circunstancias, nuestros miembros conservadores, fieles al programa, se alarman. Les parece que hay que poner un alto a esas condiciones tan deplorables; si no, AA sin duda caerá en la degradación y la ruina. Están muy preocupados «por el bien del movimiento».

En este punto comienza la fase en que el grupo establece reglas y reglamentos. Con entusiasmo, se aprueban estatutos, cartas constitutivas y reglas para ser miembro, y se otorga a un comité la autoridad para eliminar a los indeseables y disciplinar a los transgresores. Entonces, «el consejo de ancianos» —investido ahora de autoridad— se pone diligentemente a trabajar. Los tercicos son expulsados a las tinieblas; los entrometidos «respetables» lapidan a los pecadores. En cuanto a los llamados «pecadores», o insisten en quedarse o forman un nuevo grupo —o tal vez se unan a un grupo más agradable y menos intolerante en su localidad—. El «consejo de ancianos» pronto se da cuenta de que las reglas y reglamentos no están funcionando muy bien. La mayoría de los intentos de hacerlos cumplir suscitan tales olas de disensión e intolerancia en el grupo que se reconoce que la situación de la

vida grupal es ahora peor que como estaba antes, superando lo peor que hubieran hecho los peores.

Pasado un tiempo, los temores y la intolerancia se apaciguan. El grupo sobrevive ileso. Todos han aprendido mucho. Por eso, hoy en día, muy pocos se preocupan de que un recién llegado pueda dañar nuestra reputación o eficacia. Quienes recaen, quienes mendigan, quienes hacen escándalos, quienes tienen trastornos mentales, quienes se rebelan contra el programa, quienes se aprovechan de la reputación de AA; tales personas muy raras veces perjudican al grupo de AA por mucho tiempo: algunas de ellas han llegado a ser nuestros más respetados y más queridos miembros; algunas personas se han quedado para poner a prueba nuestra paciencia —pero sin beber—; otros se han alejado. Hemos comenzado a ver a estas personas no como amenazas, sino como nuestros maestros; nos inducen a cultivar la paciencia, la tolerancia y la humildad. Finalmente, nos percatamos de que simplemente son personas más enfermas que el resto de nosotros; que nosotros, quienes los condenamos, somos los fariseos, cuya falsa justicia causa al grupo el perjuicio espiritual más profundo.

Todo AA veterano se estremece al recordar los nombres de las personas a quienes alguna vez condenó; de las personas que —decía con mucha seguridad— nunca lograrían la sobriedad; de quienes sin duda había que echar de AA por el bien del movimiento. Ahora que muchas de esas personas han permanecido sobrias durante años —y posiblemente se cuenten entre sus amistades más cercanas—, el veterano se pregunta a sí mismo: «¿Qué habría pasado si todos hubieran juzgado a estas personas como lo hacía yo; si AA les hubiera negado tajantemente el ingreso? ¿Dónde estarían ahora?».

Es por ello que cada vez prejuzgamos menos al recién llegado. Si el alcohol es un problema incontrolable para la persona alcohólica, y ella quiere hacer algo al respecto, con eso nos basta. No nos importa en absoluto que su caso sea grave o leve; que sus costumbres sean éticas o relajadas; que tenga o no otras complicaciones: las puertas de AA estás abiertas de par en par; y si entra y se pone a hacer algo para remediar su problema, ahora es miembro de Alcohólicos Anónimos. No tiene que firmar nada, ni estar de acuerdo con nada, ni comprometerse a nada. Nosotros no exigimos nada; es miembro de AA porque así lo ha dicho. Actualmente, en la mayoría de los grupos, ni siquiera tiene que admitir su alcoholismo; puede unirse a

AA tan solo con sospechar que lo padece; con que ya muestre los síntomas funestos de nuestra enfermedad.

Por supuesto, esta situación no es absoluta en todo grupo de AA; siguen existiendo reglas para ser miembro. Si un miembro continuamente llega borracho a las reuniones, se le puede llevar afuera; podemos pedirle a alguien que se lo lleve. Pero en la mayoría de los grupos, puede volver al día siguiente —si se presenta sobrio—. Aunque se le puede expulsar de un club, a nadie se le ocurriría expulsarlo de AA; sigue siendo miembro de AA si así lo afirma. Aunque este concepto amplio de la pertenencia a AA no es todavía unánimemente aceptado, es la actitud habitual que se ve en AA hoy en día. No queremos privar a nadie de la oportunidad de recuperarse del alcoholismo. Deseamos ser tan inclusivos como podamos; nunca exclusivos.

Tal vez esta tendencia signifique algo mucho más profundo que un mero cambio de actitud hacia el tema de la pertenencia. Tal vez signifique que estamos liberándonos de todo temor a las fuertes tempestades emocionales que a veces azotan nuestro mundo de alcohólicos; tal vez sea un testimonio de nuestra confianza en que a cada tormenta le seguirá la calma; una calma más comprensiva, más compasiva, más tolerante que cualquiera que hayamos conocido antes.

LOS HOSPITALES Y AA

**Extractos del artículo de Bill W.
«Hospitalización apropiada: una necesidad
apremiante», publicado en 1947
en el AA Grapevine, como antecedente
de la Sexta Tradición.**

Muchos sanatorios y hospitales privados son, evidentemente, demasiado costosos para la mayoría de los alcohólicos. Debido a que los hospitales públicos son muy escasos; los hospitales mentales y las instituciones religiosas, insuficientes, al grupo promedio le es difícil encontrar lugares donde puedan hospitalizar a posibles miembros por unos días a un precio asequible.

Esta necesidad urgente ha tentado a algunos AA a establecer sus propios centros de desintoxicación, contratando a miembros de AA como gerentes y enfermeras, así como los servicios de un médico para hacer visitas periódicas. Los casos en que esto se ha hecho bajo los auspicios directos de un grupo de AA, casi siempre han fracasado. Con ello, el grupo ha emprendido un negocio —y de un tipo que muy pocos AA conocen—. Las muchas diferencias de opinión; los muchos cocineros echando a perder la sopa, habitualmente conducen al abandono de estas iniciativas. Esto nos ha hecho ver que un grupo de AA es, primordialmente, una entidad espiritual; que, como grupo, cuanto menos se dedique a los negocios, mejor. Y habiendo tocado el tema, es pertinente señalar que prácticamente todos los planes para financiar o garantizar las cuentas hospitalarias de los compañeros también han fracasado. No solo muchos préstamos quedan sin pagar; para empezar, surge también la pregunta controversial en el grupo en cuanto a los miembros potenciales que los merecen.

En otros casos, los grupos de AA, impulsados por su necesidad apremiante de ayuda médica, han emprendido campañas públicas para recabar fondos, con el fin de establecer un «hospital de AA»

en su localidad. Casi invariablemente, estas iniciativas son en vano. Estos grupos no solamente se proponen dedicarse al sector de los hospitales, sino también financiar su empresa solicitando fondos al público en nombre de *Alcohólicos Anónimos*. Al instante, surgen todo tipo de dudas; los proyectos se estancan. Los AA conservadores se dan cuenta de que los negocios o las colectas públicas que se anuncian como respaldadas por AA, son verdaderamente peligrosas para todos nosotros. Si esta práctica se generalizara, todo se saldría de control; los promotores —de AA y otros— harían su agosto.

Esta búsqueda de tratamiento médico comprensivo y a precio razonable ha dado lugar a otra clase de instalaciones: granjas de descanso y centros de desintoxicación, dirigidos por miembros de AA, bajo una supervisión médica adecuada. Dichas instalaciones han funcionado mucho mejor que las iniciativas de los grupos. Como es de suponer, el éxito depende proporcionalmente de la capacidad administrativa y de la buena fe de la persona AA que esté al frente: si es competente y diligente, es posible que logre muy buenos resultados; sin lo uno o lo otro, todo se vendrá abajo. Puesto que no son proyectos de los grupos, y no llevan el nombre de AA, estas iniciativas pueden tomarse o dejarse. La operación de establecimientos de este tipo siempre implica ciertas dificultades. Para el miembro de AA que esté al frente, es difícil cobrar lo suficiente como para que esa actividad le reporte un sustento justo. Y si lo logra, la gente es propensa a decir que está lucrando o haciendo dinero a costa de AA. Aunque a menudo eso es absurdo, no deja de ser una situación incómoda.

Sin embargo, a pesar de los dolores de cabeza ocasionados, un buen número de estas granjas y centros de desintoxicación están en funcionamiento —y parece que pueden seguir funcionando, mientras sean administrados con mucho tacto, no lleven el nombre de AA, y no se presenten como empresas de AA al realizar colectas públicas de fondos—. Cuando un AA está al frente de uno de estos lugares, a veces nos aprovechamos desconsideradamente de ello. Le llevamos alcoholicos solo para deshacernos de ellos; prometemos pagar la factura, y no lo hacemos. Debemos felicitar a cualquier AA que pueda dirigir con éxito uno de estos «emporios de borrachos». Es un trabajo difícil —y, a menudo, ingrato—, aunque puede brindarle una profunda satisfacción espiritual. Tal vez sea esta la razón por la que tantos AA desean intentarlo.

LOS CLUBES EN AA: ¿LLEGARON PARA QUEDARSE?

1947

Antecedentes de la Sexta Tradición.

La idea de contar con un club se ha vuelto parte de la vida de AA. Veintenas de estos refugios acogedores llevan años prestando un servicio útil —y cada mes se abren nuevos—. Si efectuáramos una votación mañana en cuanto a la conveniencia de contar con un club, una gran mayoría de miembros de AA respondería con un sonoro *sí*. Habría miles que atestiguarían que les habría sido más difícil permanecer sobrios durante sus primeros meses en AA sin los clubes, y que, de todos modos, siempre es bueno tener los contactos fáciles y las amistades cordiales que ofrecen los clubes.

Siendo este el punto de vista mayoritario, podríamos suponer que los clubes tienen una aprobación universal; nos imaginamos que no podríamos vivir sin ellos. Podríamos creer que los clubes constituyen una arraigada costumbre de AA —algo así como el «Decimotercer Paso» de nuestro programa de recuperación, sin el cual los demás Pasos no funcionarían—. De vez en cuando, los entusiastas de los clubes se comportan como si en serio creyeran que, tan solo por asistir al club, la persona alcohólica puede superar sus problemas; tienden a depender más de los clubes que del programa de AA.

Pero también hay miembros de AA —una minoría bastante sólida— a quienes no les interesa participar en los clubes. Afirman que la vida social de un club no solamente aparta del programa la atención de los miembros, sino que representa un verdadero lastre para el progreso de AA. Nos advierten del peligro de que los clubes degeneren en meras guaridas, incluso en antros. Hacen hincapié en las disputas que surgen en lo concerniente al dinero, a la administración y a la autoridad personal; temen que algún «incidente» pueda darnos mala fama. En

pocas palabras, los ven con recelo. «¡Pulgar abajo con los clubes!», dicen.

Desde hace algunos años, hemos venido sondeando el terreno en busca de un punto medio. A pesar de los recelos, ha quedado claro que quienes necesiten y quieran un club, deben tenerlo. Así que, la verdadera inquietud no es si debemos tenerlos o no; se trata de cómo mejorar sus beneficios y reducir sus conocidos riesgos; de estar seguros de que, a la larga, los riesgos no superen los beneficios.

De nuestros cuatro centros de AA más grandes, en dos están a favor de los clubes y en dos no. De hecho, yo vivo en uno de los que están a favor. El primer club de AA se abrió en Nueva York. Aunque nuestra experiencia aquí posiblemente no haya sido la mejor, es la única que conozco. Por lo tanto, para delinear los principios y problemas que tenemos que considerar, partiré de ella para ilustrar el desarrollo típico de un club, y no como un modelo a seguir.

Cuando AA apenas comenzaba, nos reuníamos en alguna casa. La gente recorría millas, no solo para asistir a la reunión de AA, sino para pasar gratas horas compartiendo café y porciones de pastel, y conversando en confianza, animadamente. Los alcohólicos y sus familiares habían vivido aislados demasiado tiempo.

Luego, las casas nos quedaron muy chicas. Como no queríamos dividirnos en grupos pequeños, buscamos un lugar más grande. Nos alojamos primero en el taller de un negocio de sastretería, y, más adelante, en un salón alquilado en el Steinway Hall. Así pudimos seguir unidos durante la hora de la reunión, y, al terminar, íbamos juntos a una cafetería. Pero algo faltaba: el ambiente hogareño; un restaurante no bastaba, y alguien dijo: «Formemos un club».

Así que formamos un club. Nos instalamos en un local interesante, donde antes estaba el Artists and Illustrators Club (Club de Artistas e Ilustradores), sobre la calle 24 Oeste. ¡Qué emoción! Dos de los miembros más antiguos firmaron el contrato de alquiler. Pintamos y limpiamos. Teníamos un hogar. Los hermosos recuerdos de los días y las noches que pasamos en aquel primer club perdurarán por siempre.

No obstante, hay que confesar que no todos esos recuerdos son muy gratos. El madurar nos trajo dolores de cabeza —que ahora llamamos *dolores del crecimiento*—. ¡Lo graves que nos parecían

entonces! Los «dictadores» se ponían fuera de sí; los borrachos se caían al suelo o perturbaban las reuniones; los «comités directivos» intentaban nombrar a sus amigos para sucederles, pero —para su gran consternación— descubrían que ni siquiera los borrachos sobrios se dejaban «dirigir». A veces, apenas podíamos pagar el alquiler; los que jugaban cartas se hacían los sordos a cualquier sugerencia de que hablaran con los recién llegados [hoy en día, la mayoría de los clubes han abandonado completamente los juegos de cartas]; las secretarias se fastidiaban las unas a las otras. Se estableció una corporación para asumir la responsabilidad del contrato de alquiler, y tuvimos así «funcionarios». ¿Quiénes se harían cargo del club, estos «directores» o el comité rotativo de AA?

Tales eran nuestros problemas. Descubrimos que el tema del dinero, la necesidad de cierta estructura organizativa para el club, y la estrecha convivencia en el lugar creaban situaciones que no habíamos previsto. La vida en el club seguía siendo muy agradable; pero tenía también, sin duda, sus inconveniencias. ¿Valía la pena todo el riesgo y las molestias? La respuesta fue *sí*, pues el club de la calle 24 siguió funcionando, y el lugar lo ocupan ahora los AA marineros². Además, tenemos otros tres clubes en esta zona —y se está considerando abrir el cuarto—.

Nuestro primer club era conocido, por supuesto, como una *casa club de AA*. La corporación arrendataria se llamó «Alcoholics Anonymous of New York, Inc.» (Alcohólicos Anónimos de Nueva York, Inc.). Solo después nos dimos cuenta de que habíamos constituido en sociedad todo el conjunto [de entidades de AA] en el estado de Nueva York —un error recientemente corregido—. Nuestra asociación debía haberse limitado únicamente al club de la calle 24, por supuesto. En todas partes del país, la mayoría de los clubes han comenzado como el nuestro. Al principio, los considerábamos una costumbre muy propia de AA. Pero la experiencia posterior, invariablemente, nos hizo cambiar de opinión —un cambio muy necesario, según nos parece ahora—.

Por ejemplo, al club pionero de AA de Manhattan asistían miembros provenientes de todas partes del área metropolitana, incluso de Nueva Jersey. Pasado un tiempo, docenas de grupos brotaron en nuestros distritos suburbanos, y consiguieron lugares de reunión más accesibles. Nuestros com-

2 El edificio fue demolido posteriormente.

pañeros de Nueva Jersey abrieron su propio club. Así que estos grupos periféricos —cuyo origen fue la casa club de Manhattan— comenzaron a atraer a centenares de miembros que no se sentían vinculados a Manhattan —ya fuera por conveniencia, inclinación o nostalgia—. Tenían sus propios compañeros de AA en la localidad, sus propios lugares de reunión accesibles; no les importaba Manhattan.

Esto irritó a los neoyorquinos —y no poco—. Puesto que nosotros los habíamos criado, ¿por qué no habría de importarles? Nos desconcertó que se negaran a reconocer el club de Manhattan como el centro de AA en el área metropolitana. ¿Acaso no se celebraba en el club la reunión principal, con oradores de otros grupos? ¿No contábamos con una secretaria a sueldo que atendía el teléfono en la casa club, respondiendo las llamadas de ayuda y haciendo los arreglos de hospitalización en beneficio de todos los grupos de la zona? Naturalmente, creíamos que los grupos de la periferia debían contribuir económicamente para mantener el club de Manhattan: los hijos responsables deben velar por sus «padres». Pero de nada sirvieron nuestras súplicas paternales. Aunque muchos miembros de la periferia contribuían individualmente para el club de la calle 24, sus grupos respectivos no nos enviaban ni un centavo.

Entonces adoptamos otra táctica. Si los grupos suburbanos no iban a mantener el club, quizá —por lo menos— pudieran pagar el sueldo de la secretaria. En realidad, ella hacía un trabajo *de área*. Esta era, claramente, una petición razonable, pero nunca llegó a nada. Sencillamente, no podían entender la diferencia entre *secretaría de área* y *club de Manhattan*. Por lo tanto —y durante mucho tiempo—, nuestras necesidades de área, nuestra responsabilidad común por AA y la administración de nuestro club estuvieron enmarañados tanto financiera como psicológicamente.

Poco a poco, la maraña fue desenredándose, a medida que nos fuimos dando cuenta de que los clubes debían ser competencia exclusiva de quienes explícitamente los quisieran y estuvieran dispuestos a sufragar los gastos. Empezamos a ver que la administración de clubes supone mucho trabajo; que tiene que constituirse en sociedad de forma independiente y bajo otra denominación —por ejemplo, «Alanon»³—; que los «directores» de

3 Este nombre ya no es adecuado; pues podría dar pie a confundirse con los Grupos de Familia Al-Anon (que se formaron unos cinco años después de la publicación de este artículo).

la corporación del club deben ocuparse solamente de los asuntos del club; que un grupo de AA, como tal, nunca debe involucrarse en la administración activa de una iniciativa de negocios. La agitada experiencia nos ha enseñado desde entonces que, si un comité rotativo de AA trata de gobernar la corporación del club, o si esta trata de dirigir los asuntos propios de AA de los grupos que se reúnen en el club, al instante surgen dificultades. Hemos visto que la única forma de remediar esas situaciones es separar lo material de lo espiritual. Si un grupo de AA desea reunirse en un club, debe o pagar un alquiler o dividir el dinero de la colecta con la administración del club. A un grupo reducido que está abriendo su primer club, estas medidas le parecerán absurdas, pues —por el momento— los miembros del grupo y los del club son ellos mismos. No obstante, es recomendable hacer la separación desde el principio, constituyendo en sociedad el club; porque así se evitará mucha confusión más adelante, cuando se formen otros grupos en la zona.

Algunas preguntas frecuentes sobre el particular son: «¿Quiénes eligen a los directores responsables del club?». «¿Ser miembro del club es diferente de ser miembro de AA?». «¿Cómo se mantienen y financian los clubes?». Como las prácticas varían, aún no tenemos todas las respuestas. Las sugerencias más sensatas parecen ser las siguientes. Cualquier miembro de AA debe tener derecho a disfrutar los beneficios comunes de un club de AA —indistintamente de que contribuya habitualmente o no—. Si contribuye habitualmente, debe tener, además, derecho a votar en las reuniones administrativas en las que se elige a los directores responsables de la corporación del club. De esta manera, todos los clubes estarían abiertos a todos los AA, a la vez que la dirección de su operación estaría limitada a quienes tuvieran el interés suficiente como para contribuir habitualmente. A propósito de esto, debemos tener presente que en AA no es obligatorio pagar derechos de admisión ni cuotas; pero es necesario aclarar que, puesto que los clubes están constituyéndose como iniciativas privadas e independientes, pueden funcionar conforme a otros criterios, si así lo determinan sus miembros.

El aceptar cuantiosas sumas de dinero *de cualquier fuente* para comprar, construir o financiar clubes casi siempre desembocará en problemas. Realizar colectas públicas de fondos es, por supuesto, peligrosísimo. El automantenimiento total de los clubes, así como de toda entidad o actividad

relacionada con AA, se ha vuelto nuestra práctica universal.

La evolución de los clubes nos ha enseñado además que, salvo en localidades pequeñas, es probable que los clubes no sigan siendo los centros principales de las actividades de AA. Habiendo empezado como el centro principal en una ciudad, muchos clubes se han ido mudando a locales cada vez más grandes, con la aspiración de que la reunión principal de la zona siga celebrándose ahí. No obstante, las circunstancias acaban frustrando esta intención.

La primera circunstancia es que AA, al continuar creciendo, desbordará la capacidad de cualquier club. Tarde o temprano, será necesario trasladar la reunión principal o central a un auditorio más grande. El club es insuficiente. Debe considerarse seriamente este hecho cuandoquiera que pensemos comprar o construir casas club más amplias. Hay otra circunstancia que, muy probablemente, reemplazará la posición prominente de los clubes, sobre todo en las grandes ciudades: nuestra marcada tendencia a delegar a un comité central o intergrupales el manejo de los problemas comunes de AA en las zonas metropolitanas. En cada zona, tarde o temprano nos damos cuenta de que ciertos asuntos — como las reuniones intergrupales, las disposiciones hospitalarias, las relaciones públicas locales, una oficina central para entrevistas e información— son de interés para todo miembro de AA, independientemente de que asista o no a clubes. Dado que estos son asuntos estrictamente de AA, es necesario elegir y financiar a un comité central o intergrupales para ocuparse de ellos.

Por lo general, los grupos de una zona suelen mantener mediante sus propios fondos estas actividades auténticamente medulares. Aun cuando el club tenga suficiente cabida para las reuniones intergrupales —y estas sigan celebrándose allí—, el centro de gravedad de la zona continuará desplazándose hacia el comité intergrupales y sus actividades medulares. El club queda definitivamente aparte, donde —en opinión de muchos— debe estar. Dado que quienes quieren los clubes se encargan directamente de mantenerlos y administrarlos, en cualquier momento puede prescindirse de estos.

Si desea saber más sobre los clubes, puede escribirnos y solicitar el material de servicio gratuito SMG-3A, «Guías de AA: La relación entre los grupos de AA y los clubes».

LOS PELIGROS DE VINCULAR A AA CON OTROS PROYECTOS

1947

Peligros expuestos en las Tradiciones Seis y Ocho.

Conforme a nuestra experiencia en AA, hay diversas cuestiones relevantes para las que aún no hemos hallado respuesta. En primer lugar, ¿debería AA en su totalidad involucrarse en campos ajenos, como la hospitalización, la investigación científica y la educación no polémica sobre el alcoholismo? Segundo, ¿es correcto que un miembro de AA —a título personal— aporte su experiencia y conocimientos especiales a tales iniciativas? Y, por último, si un miembro de AA participara en algunos de estos aspectos del alcoholismo en su conjunto, ¿bajo qué condiciones ha de colaborar?

Respecto a estas cuestiones, en los grupos de AA se escuchan las más diversas opiniones; en términos generales, pueden observarse tres perspectivas: «entrarle a todo», «algo hay que hacer», y «no hagas nada».

Tenemos miembros AA tan temerosos de que nos enredemos en estas actividades —o de que nos utilicen—, que quisieran que fuéramos una organización hermética. Ejercerían la máxima presión para impedir que los AA en conjunto —miembros y grupos por igual— hagan cualquier cosa respecto al problema global del alcoholismo —excepto, por supuesto, sus acostumbradas labores de AA—. Ven el espectro del movimiento washingtoniano que prosperó por algún tiempo entre los alcohólicos de hace cien años, y terminó desintegrándose —debido, en parte, a que sus miembros defendieron públicamente la abolición, la prohibición y «noséqué más»—. Estos AA están convencidos de que, cueste lo que cueste, tenemos que centrarnos absolutamente en lo nuestro para evitar el mismo peligro.

Tenemos también al AA que opina que hay que «entrarle a todo» respecto al problema del alcohol en su conjunto: a cualquier hora, en cualquier lugar y como sea. En su entusiasmo, cree que su querida AA no solo es una panacea para todos los borrachos, sino que también tenemos la solución para todos y todo lo que tenga que ver con el alcohol. Cree firmemente que AA debe apoyar, tanto con su nombre como con sus recursos económicos, cualquier proyecto excelente de investigación, de hospitales o de educación. Argumentando que AA aparece ahora en los titulares de las noticias, dice que debemos permitirles a otros que aprovechen con toda libertad nuestra inmensa buena voluntad. «¿Por qué no hemos de manifestar públicamente nuestro apoyo? Podrían colectarse fácilmente millones de dólares para buenas obras en el campo del alcoholismo», opina. El discernimiento de tal entusiasta se ve oscurecido a veces por su deseo de forjarse una trayectoria profesional. No obstante, estoy seguro de que es por pura euforia que la mayoría se entusiasma tan a la ligera —en combinación, en muchos casos, con un hondo sentido de responsabilidad social—.

Así que entre nosotros hay tanto entusiastas como ultraprudentes; los «entrarle a todo» y los «no-hagasnada». Pero el miembro de AA típico no se preocupa por estos fenómenos tanto como solía hacerlo; sabe que, pronto, del fuego y del humo saldrá la luz; en ese momento surgirá una política esclarecida, aceptable para todos. Sometida a la prueba del tiempo, esta política, si se muestra acertada, se convertirá en tradición de AA.

A veces, temía que AA nunca lograra una política viable, y mi temor no se aplacaba porque mis propias opiniones oscilaban con total incoherencia de un extremo al otro; debí haber tenido más fe. Estamos comenzando a recibir mejor el resplandor de la experiencia, para discernir con más seguridad; para poder determinar con certeza lo que podemos —y lo que no podemos— hacer en cuanto a la educación, la investigación científica, etcétera.

Por ejemplo, podemos decir categóricamente que ni AA en su totalidad ni cualquier grupo de AA deben involucrarse en ninguna actividad que no sea la labor acostumbrada de AA. Como grupos, no podemos respaldar ni financiar ni aliarnos a ninguna otra causa, por muy noble que sea; no podemos vincular el nombre de AA con ninguna otra iniciativa en el campo del alcoholismo, al grado de dar la impresión ante el público de que nos hemos apar-

tado de nuestro objetivo primordial. Tenemos que disuadir a nuestros miembros y a nuestros amigos en el sector de utilizar el nombre de AA en su publicidad o colectas de fondos. De lo contrario, con toda seguridad estaría en peligro nuestra unidad; y preservar nuestra unidad es nuestra mayor responsabilidad, tanto hacia nuestros hermanos y hermanas alcohólicos como hacia el público en general. Creemos que la experiencia ya ha hecho patentes estos principios.

Aunque ahora entramos a un terreno más polémico, tenemos que preguntarnos, con toda sinceridad, si cualquiera de nosotros, a título personal, debe aplicar nuestra experiencia especial a otros aspectos del problema del alcoholismo. ¿No se lo debemos a la sociedad? ¿Sería posible hacerlo sin involucrar a AA en su totalidad?

A mi parecer, la política de «no hagas nada» es ahora impensable; en parte, porque estoy seguro de que nuestros miembros pueden colaborar en otras actividades no polémicas en el campo del alcoholismo, sin perjudicar a AA —si observan algunas precauciones sencillas—; y, por otro lado, porque he llegado a creer profundamente que el hacer menos supondría privar a todo el cuerpo social de las aportaciones inmensamente valiosas que, casi con toda seguridad, podríamos hacer. Aunque somos miembros de AA —y AA debe tener la preferencia—, también somos ciudadanos del mundo. Además, al igual que nuestros buenos amigos médicos, tenemos el gran deber de compartir todo lo que sabemos con toda la humanidad.

Por lo tanto, me parece que algunos de nosotros debemos responder al llamado de otros campos. Y, quienes lo hagan, deben recordar únicamente que, ante todo, son miembros de AA; que participen en sus nuevas actividades estrictamente a título personal. Esto supone que respetarán el principio de anonimato ante la prensa; que, si se presentan ante el público en general, no se identificarán como miembros de AA; que se abstendrán de recalcar que son miembros de AA al participar en campañas publicitarias o para la colecta de fondos.

Estos sencillos principios, si son observados concienzudamente al conducirse, podrían disipar todas las dudas —razonables o irrazonables— que muchos AA aún tengan. De esta manera, AA en su conjunto podría mantener su independencia, teniendo a la vez buenas relaciones con cualquier causa no polémica cuya intención sea contribuir a iluminar los oscuros anales del alcoholismo.

En resumen, estoy plenamente convencido de que nuestra política en cuanto a proyectos «ajenos» será la siguiente: AA no patrocina proyectos en otros campos. Sin embargo, si estos proyectos son constructivos y de carácter no polémico, los miembros de AA son libres de participar en ellos sin ningún reparo —si lo hacen a título personal y respetan el nombre de AA—. Quizá eso sea todo. ¿Probamos?

EL USO PRUDENTE DEL DINERO

1946

Lo que condujo a la formulación de la Séptima Tradición.

«Algún dinero evita preocupaciones; mucho, las atrae». En Alcohólicos Anónimos, ¿cuánto es poco?, y ¿cuánto es mucho? Estamos en el proceso de resolver esta interrogante. Nadie supone tener la respuesta definitiva. El punto donde termina el uso adecuado del dinero y empieza el abuso es el «lugar espiritual» que todos estamos buscando. Son contados los problemas grupales que causan más inquietud a los miembros reflexivos que este. Todo el mundo pregunta: «¿Cuál debe ser nuestra postura en cuanto a las contribuciones voluntarias, los trabajadores asalariados, el lucro, las donaciones de fuentes ajenas?».

Durante los primeros años de AA, no teníamos problemas de dinero: nos reuníamos en nuestras casas, donde nuestras esposas nos preparaban sándwiches y café; si algún miembro de AA quería asistir económicamente a un compañero alcohólico, lo hacía, era asunto suyo; no teníamos un fondo del grupo, así que tampoco teníamos problemas por el dinero del mismo —y cabe señalar que a muchos veteranos de AA les gustaría poder volver a aquella sencilla época dorada—. Conscientes de que las disputas por cosas materiales han arruinado el ánimo de muchas buenas obras, a menudo se piensa que demasiado dinero nos haría daño a nosotros también.

De poco sirve anhelar lo imposible. El dinero *ya* figura en nuestros asuntos, y *nos hemos comprometido* a usarlo con prudencia. Nadie consideraría seriamente prescindir de nuestros locales de reunión y clubes a fin de evitar completamente el dinero. La experiencia nos ha enseñado lo mucho que necesitamos estas instalaciones, de manera que tenemos que aceptar el riesgo que entrañan.

Pero, ¿cómo podemos minimizar estos riesgos? ¿Cómo limitaremos por tradición el uso del dinero,

para que no derrumbe nunca los fundamentos espirituales de los que depende completamente la vida de cada miembro de AA? Ese es nuestro auténtico problema en el presente. Veamos juntos los aspectos principales de nuestra situación financiera, tratando de distinguir lo esencial de lo prescindible; lo legítimo e inofensivo de lo que puede ser peligroso o innecesario.

Comencemos con las contribuciones voluntarias. Todo AA pone dinero en «el sombrero» para pagar el alquiler del lugar para las reuniones, de un club, o para el mantenimiento de su oficina local o de la oficina nacional. Aunque no todos estamos a favor de los clubes, y unos cuantos AA no ven la necesidad de tener una oficina local o nacional, se puede afirmar que la gran mayoría de nosotros opinamos que estos servicios son fundamentalmente necesarios. Siempre y cuando estos centros sean administrados eficientemente, y haya claridad en las cuentas, con todo gusto estamos dispuestos a comprometernos a apoyarlos asiduamente —en el entendido de que esas contribuciones en modo alguno se consideren como condición para ser miembro de AA—. Estos usos específicos de nuestro dinero son ahora generalmente aceptados, y, con algunas salvedades, no vemos ningún motivo para temer malas consecuencias a largo plazo.

No obstante, subsisten algunas inquietudes, principalmente con relación a nuestros clubes, oficinas locales y la oficina general. Debido a que estos centros normalmente emplean a trabajadores asalariados, y dado que sus operaciones implican en algún grado actividades administrativas, a veces se tiene la sensación de que podemos enredarnos en una complicada burocracia o —todavía peor— convertir abiertamente a AA en una organización con fines de lucro. Aunque tales dudas no siempre son irrazonables, ya hemos tenido la suficiente experiencia como para darles solución en buena medida.

Para empezar, lo más seguro es que nunca nos sentiremos abrumados por nuestros clubes, oficinas locales o la oficina general en la ciudad de Nueva York. Son entidades de servicio; en realidad, no pueden controlar ni gobernar a AA. Si cualquiera de estas se volviera ineficiente o prepotente, el remedio es bien sencillo: los miembros de AA dejarían de enviar sus contribuciones hasta que se corrija la situación. Debido a que *nuestra pertenencia a AA no depende de cuotas o derechos de admisión*, siempre está abierta la opción de prescindir de esas entidades especiales. Dichas entidades deben siempre brindarnos un buen servicio para no desa-

parecer. Ya que nadie está obligado a mantenerlas, nunca podrán dictar órdenes ni desviarse por mucho tiempo de la tradición de AA.

En total consonancia con el principio de poder prescindir de ellas, vemos una tendencia alentadora a constituir como sociedades separadas todas estas entidades especiales, si implican una gran cantidad de dinero, inmuebles o labores administrativas. Los grupos de AA son cada vez más conscientes de que son entidades espirituales, no organizaciones comerciales. Por supuesto, los clubes o locales de reunión más pequeños normalmente no se constituyen en sociedad, pues su aspecto comercial solo es nominal. Sin embargo, a medida que van creciendo, por lo general, es conveniente que sean constituidos legalmente, separando así el club de los grupos de la misma localidad. *El mantenimiento del club se vuelve un asunto personal, no un asunto del grupo.* No obstante, si el club funciona también como oficina central, con un secretario para brindar servicio a los grupos de la zona, lo justo es que tales grupos contemplen sufragar específicamente este gasto; porque el secretario sirve a todos los grupos, aunque el club en sí no lo haga. La evolución de los centros de AA más grandes indica claramente que, aunque es apropiado que un conjunto de grupos —o su comité central— pague el sueldo del secretario a tiempo completo de su zona, no es responsabilidad ni de los grupos ni del comité central mantener económicamente los clubes. No a todos los AA les interesan los clubes. Por lo tanto, los fondos para mantener el club deben provenir principalmente de los miembros de AA que necesitan o quieren los clubes —quienes, a propósito, son la mayoría; una mayoría que, sin embargo, no ha de intentar coaccionar a la minoría a mantener los clubes que no quieren o no necesitan—.

Desde luego, los clubes se benefician en cierta medida gracias a las reuniones que se celebran en el local. En los casos en que las reuniones centrales de la zona tienen lugar en un club, se acostumbra repartir el dinero de la colecta entre el club y el comité central de la zona —la parte mayor, por supuesto, le corresponde al club, puesto que este proporciona el local—. Cualquier grupo que desee utilizar el club, ya sea para una reunión o un convivio, puede concertar un acuerdo similar con el club. Por lo general, la junta directiva del club se ocupa de la administración económica y de la vida social del local; pero los asuntos propios de AA siguen siendo responsabilidad de los grupos de la zona. Esta separación de las actividades de ninguna forma es una

regla universal; se comparte únicamente como una sugerencia, si bien refleja la práctica habitual.

Un club o una oficina central con amplio espacio implica, en general, uno o más trabajadores asalariados. Estas personas, ¿están lucrando a costa de AA? Sobre el particular, cuando un club o comité central crece tanto como para requerir trabajadores a sueldo, siempre hay debates acalorados. Sobre ello, todos hemos elucubrado bastante —y yo sería uno de los primeros en reconocerlo—.

El motivo por el que oscila nuestro pensamiento es el de siempre: el temor. Para cada uno de nosotros, lo ideal sería que AA fuera pura belleza y perfección —aunque individualmente estemos muy lejos de ello—. Fue un poder que supera nuestras fuerzas lo que nos sacó de las arenas movedizas y nos puso a salvo en la orilla. Para la mayoría de nosotros, el solo pensar en empañar ese ideal es inadmisibles —qué decir de trocarlo por oro—. Por eso, siempre nos mantenemos atentos de que no surja dentro de AA una clase de «especialistas» o «misioneros» a sueldo. En AA, donde cada uno es un «especialista» o «misionero» *de buena voluntad*, nadie tiene necesidad alguna de cobrar por hacer la sencilla labor de Paso Doce: una obra puramente espiritual. Aunque supongo que cualquier forma de temor es deplorable, he de confesar que me agrada bastante que estemos tan conscientes de este asunto decisivo.

Sin embargo, creo que existe un criterio que nos servirá para resolver nuestro dilema con toda honradez. Se trata de lo siguiente: Un conserje puede barrer; una cocinera puede preparar la comida; un portero puede echar a un borracho problemático; un secretario puede administrar la oficina; una editora puede elaborar el boletín... y no hay duda de que ninguno estaría lucrando por transmitir el mensaje de AA; porque si no realizáramos esas tareas nosotros mismos, tendríamos que contratar a personas no alcohólicas para que las hicieran por nosotros. No le pediríamos a ninguna persona no alcohólica que hiciera todo esto, a tiempo completo, sin pagarle. Entonces, ¿por qué algunos de nosotros —quienes tenemos buenos sueldos en el mundo que nos rodea— esperamos que otros AA se dediquen a ser porteros, secretarios o cocineros a tiempo completo? ¿Por qué deben trabajar esos AA sin recibir un sueldo, si están haciendo las tareas que el resto de nosotros no podríamos —o no querríamos— hacer? ¿O por qué debe pagárseles menos de lo que podrían ganar en otra parte por un trabajo parecido? ¿Y qué más daría si, aparte de desempeñar sus funciones, hicieran algún trabajo de

Paso Doce? El criterio es que podemos pagar bien por los servicios especiales, pero nunca lo hacemos por la labor habitual de Paso Doce.

¿Qué podría entonces considerarse «profesionalizar» a AA? Es muy sencillo: yo podría, por decir algo, alquilar una oficina y poner en la puerta un letrero que dijera: «Bill W. Terapeuta de Alcohólicos Anónimos. Costo: \$ 10.00 por hora». Eso sería brindar tratamiento individual del alcoholismo con fines de lucro; yo estaría aprovechándome abiertamente del prestigio de Alcohólicos Anónimos — una organización absolutamente no lucrativa— para aumentar mi clientela. Esto *sería* «profesionalizar» a AA; convertirla en *mi* profesión. Sería perfectamente legal, pero nada ético.

Ahora bien, ¿significa esto que se debe criticar a los terapeutas en general, incluyendo a los AA que elijan trabajar en ese campo? Por supuesto que no. De lo que se trata es de que nadie se proclame «terapeuta *de AA*». Tal cosa es absurda —porque nuestro trabajo con los demás es absolutamente gratuito—, y constituiría un falseamiento de la realidad del que ninguno de nosotros puede darse el lujo. Así como un jugador de tenis tiene que renunciar a su estatus de *amateur* para hacerse profesional, los AA que se vuelven terapeutas deben abstenerse de mencionar su relación con AA. Aunque dudo que muchos AA lleguen a trabajar en el campo de la terapia del alcoholismo, ninguno debe sentirse impedido de hacerlo —sobre todo si es un trabajador social, un psicólogo o psiquiatra calificado—; pero, en tal caso, nunca debe dar a conocer su relación con AA, ni utilizarla de manera que haga pensar a la gente que AA cuenta con dicha categoría especial. Tal es el límite que no debemos rebasar.

En resumen, hemos señalado:

- a) que el uso del dinero en AA es un asunto de la más alta importancia; que debemos vigilar atentamente el punto en que termina el uso y comienza el abuso;
- b) que AA ha asumido el compromiso de utilizar el dinero con prudencia —pues eliminar nuestras oficinas, lugares de reunión y clubes no es una alternativa, con el único fin de evitar todo lo que tenga que ver con las finanzas—;
- c) que el verdadero problema que enfrentamos es fijar límites razonables y tradicionales para emplear el dinero, minimizando así su tendencia a provocar conflictos;
- d) que las contribuciones o aportaciones voluntarias de los miembros de AA deben ser nuestra

principal y —eventualmente— única fuente de recursos económicos; que, gracias al automantenimiento, nuestras oficinas y clubes estarán siempre bajo control —pues, si dejan de brindarnos servicio, de inmediato podríamos suspender las contribuciones—;

- e) que hemos constatado en general que es conveniente constituir en sociedades aparte las entidades que suponen mucho capital o administración; que un grupo de AA es una entidad espiritual, no una iniciativa con fines de lucro;
- f) que es imperativo —a como dé lugar— que AA no se vuelva una actividad lucrativa; es decir, que nadie haga de la labor de Paso Doce su profesión; que los AA que trabajen como terapeutas en el campo del alcoholismo nunca lucren con su calidad de miembros; no existe —y nunca existirá— tal cosa como un «terapeuta de AA»;
- g) que, no obstante, podemos emplear a miembros de AA como trabajadores de plena dedicación —siempre y cuando sea para desempeñar funciones realmente independientes de la labor de Paso Doce—, por ejemplo: secretarías, porteros y cocineros, lo cual no los convierte en «AA de profesión».

Prosigamos, entonces, con la reflexión sobre el concepto de *profesión*. A menudo, los AA consultan con las comunidades locales o con The Alcoholic Foundation, Inc.⁴ (la Fundación Alcohólica) acerca de que les han ofrecido un puesto de trabajo en algún campo relacionado. Los hospitales desean contar con enfermeras y médicos que sean miembros de AA; las clínicas solicitan trabajadores sociales que sean AA; las universidades solicitan miembros de AA para trabajar en el campo de la educación no controversial sobre el alcoholismo; y las empresas nos piden que les recomendemos a miembros de AA para puestos en recursos humanos. ¿Podemos —a título personal— aceptar esas propuestas? La mayoría de nosotros no vemos ninguna razón para rechazarlas.

Se reduce a lo siguiente: ¿Tenemos los AA derecho a privar a la sociedad de que se beneficie de nuestros conocimientos especiales acerca del alcoholismo? ¿Vamos a decirle a la sociedad —aun siendo excelentes enfermeras, médicos, trabajadores sociales o educadores en el campo del alcoholismo— que no podemos aceptar esos puestos por temor a que AA se torne una ocupación profesional?

⁴ Su nombre legal es ahora The General Service Board of Alcoholics Anonymous, Inc.

Obviamente, eso sería exagerado; ridículo, incluso. A ninguna persona AA debe prohibírsele aceptar uno de esos puestos solo por ser uno de nuestros miembros. Solamente tiene que evitar presentarse como «terapeuta de AA», y no hacer o declarar nada que pudiera perjudicar a AA en su totalidad. Fuera de esto, debe ser igualmente elegible como cualquier otra persona no alcohólica capaz de obtener el puesto —y que, quizá, no lo haría tan bien—. De hecho, creo que incluso hay entre nosotros algunos que trabajan como barman. Aunque trabajar en la barra de un bar no es uno de los trabajos más recomendables —por obvias razones—, nunca he oído decir a nadie que esos pocos miembros sean «AA de profesión», gracias a su «singular experiencia en bares».

Hace años, estábamos convencidos de que AA debía tener sus propios hospitales, casas y granjas de reposo. Hoy en día, estamos igualmente convencidos, pero de lo contrario: no debemos tener nada de eso. Incluso nuestros clubes —tan arraigados en AA— son cosa aparte. Y, a juicio de casi todos, las instalaciones hospitalarias o de recuperación no deben tener *relación alguna* con AA —ni carecer de supervisión médica—. Definitivamente, la hospitalización es competencia del médico —respaldado, por supuesto, de manera privada o comunitaria—; no es un servicio de AA, en el sentido de hacerse cargo de ella o poseer instalaciones; pero, en todas partes, cooperamos con los hospitales. Muchos de ellos nos conceden ciertos privilegios y disposiciones especiales para nuestra labor; algunos nos consultan; otros contratan a miembros de AA como enfermeras o asistentes. Este tipo de colaboración casi siempre funciona bien, pero ninguna de estas instituciones pretende ser un «hospital de AA».

Ahora bien, ¿qué ocurre con las contribuciones o pagos a AA procedentes de fuentes ajenas? Hubo un período, hace algunos años, en el que necesitábamos desesperadamente un poco de ayuda ajena, y la recibimos. No dejaremos nunca de estar agradecidos con aquellos amigos sinceros, cuyas contribuciones hicieron posible The Alcoholic Foundation, Inc. (la Fundación Alcohólica), el libro *Alcohólicos Anónimos* y nuestra oficina general. Seguramente, cada uno de ellos tiene reservado un lugar especial en el cielo. Cubrieron una gran necesidad; porque en aquella época éramos muy pocos los miembros de AA, y muy insolventes.

Pero los tiempos han cambiado. Alcohólicos Anónimos cuenta ahora con miles de miembros, cuyos ingresos anuales combinados ascienden a varios millones de dólares. Por eso, se está genera-

lizando entre nosotros la sólida convicción de que AA tiene que mantenerse por sí misma. Ya que la mayoría de los miembros sienten que le deben la vida al movimiento, opinan que nosotros, los AA, debemos pagar sus muy módicos gastos. «¿No va siendo hora —dicen— de que empecemos a cambiar la noción general de que un alcohólico es alguien a quien *siempre* hay que estar ayudando, normalmente, con dinero? Dejemos de ser los AA —dicen— personas que reciben de la sociedad; antes bien, seamos dadores. Ya no estamos desamparados ni seguimos sin un centavo. Si fuera posible anunciar desde mañana que cada grupo de AA ha logrado plenamente su propio automantenimiento, posiblemente nada provocaría mayor buena voluntad hacia nosotros que esa declaración. Dejemos que el público generoso contribuya con sus fondos a investigaciones científicas sobre el alcoholismo, a la hospitalización o a la educación. Es innegable que en estos sectores se necesita dinero; pero nosotros no. Ya no somos pobres; podemos —y debemos— pagar por nosotros mismos».

Naturalmente, no puede considerarse como excepción al automantenimiento el que un amigo no alcohólico asista a una reunión y eche un dólar en el sombrero.

Pero no son estas pequeñas muestras de aprecio las que nos preocupan; son las grandes contribuciones, especialmente las que pueden acarrear obligaciones futuras, las que deberían hacernos reflexionar. Además, hay indicios de que algunas personas adineradas están reservándonos dinero en sus testamentos; pues tienen la impresión de que podríamos utilizar bien una buena cantidad de dinero si la tuviéramos. ¿No debíamos disuadirlos? Y ya se han hecho algunos intentos preocupantes de coleccionar fondos entre el público en nombre de Alcohólicos Anónimos. Son contados los AA que no se imaginan hasta dónde nos llevaría seguir ese rumbo. De vez en cuando, nos ofrecen dinero, tanto los que están a favor como los que están en contra de la prohibición. Obviamente, esto es peligroso; porque debemos mantenernos alejados de esa controversia tan enconada. De vez en cuando, los padres de un alcohólico, por pura gratitud, quieren hacer un donativo considerable. ¿Es esto prudente? ¿Le haría algún bien al propio alcohólico? Quizá un AA adinerado desee hacernos una donación cuantiosa. Si así lo hiciera, ¿sería bueno para él o para nosotros? ¿No nos haría sentirnos en deuda con él; o que él —especialmente si es un recién llegado— creyera que con ello ha pagado la entrada a su destino feliz, la sobriedad?

En ningún caso hemos puesto en duda la auténtica generosidad de estos donantes. Pero, ¿es prudente aceptar sus donaciones? Aunque puede que haya algunas raras excepciones, comparto la opinión de la mayoría de los AA veteranos: el aceptar grandes contribuciones —de la fuente que sea— es poco recomendable, y, casi siempre, una política peligrosa. En efecto, el club en apuros puede necesitar urgentemente un donativo amistoso o un préstamo. Con todo, a la larga, sería probablemente mejor ir pagándolo poco a poco. No debemos permitir nunca que ningún beneficio inmediato, por muy atractivo que sea, nos ciegue a la posibilidad de estar estableciendo un precedente catastrófico para el futuro. Con demasiada frecuencia, las disensiones internas a causa del dinero o de las propiedades han destrozado a mejores sociedades que la nuestra, de alcohólicos temperamentales.

Con la gratitud y satisfacción más profundas, puedo comunicarles una resolución aprobada recientemente por nuestro comité de servicio general —los custodios de The Alcoholic Foundation, Inc., quienes son los fideicomisarios de los fondos de AA en todo el país—. Han hecho constar por escrito que, como política, se negarán a recibir todo donativo que acarree la más mínima obligación, expresa o implícita. Y, además, que The Alcoholic Foundation, Inc. no aceptará ingresos procedentes de cualquier entidad comercial. Como ya sabrán la mayoría de los lectores, algunas empresas cinematográficas se han puesto en comunicación con nosotros para discutir la posibilidad de realizar una película acerca de AA. Naturalmente, se habló de dinero. Pero nuestros custodios —con toda razón, me parece— han adoptado la postura de que AA no tiene nada que vender; que deseamos evitar incluso la más ligera insinuación de lucro; y que, de todos modos, AA se mantiene ahora a sí misma.

A mi parecer, esta es una decisión de enorme importancia para nuestro futuro; un gran paso en la dirección correcta. Cuando esta actitud hacia el dinero haya sido adoptada universalmente por AA, nos habremos librado, por fin, de ese escollo —dorado y seductor, pero muy engañoso— llamado *materialismo*.

En los próximos años, Alcohólicos Anónimos se verá sometida a la tentación suprema: la gran prueba de su prosperidad y éxito. Creo que será la mayor tentación de todas. Si capeamos ese temporal, las olas del tiempo y de las circunstancias nos azotarán en vano. Nuestro destino estará asegurado.

AA Y EL ALCOHOLISMO

Esta declaración de la política de AA respecto al público y a otras organizaciones ha sido afirmada y confirmada por la Conferencia de Servicios Generales. Aparece también en Cómo cooperan los miembros de AA con los profesionales, un folleto útil sobre la aplicación de nuestras tradiciones a la vida de AA.

ALCOHÓLICOS ANÓNIMOS es una comunidad mundial de hombres y mujeres que se ayudan unos a otros a mantener su sobriedad, y que se ofrecen para compartir libremente las experiencias de su recuperación con otras personas que puedan tener un problema con la bebida. Fundamentalmente, el programa de AA se compone de Doce Pasos concebidos para la recuperación personal del alcoholismo.

La Comunidad funciona por medio de más de 114 mil grupos en más de ciento ochenta países. Centenares de miles de alcohólicos han logrado la sobriedad en AA; no obstante, los miembros se dan cuenta de que su programa no siempre funciona para todos los alcohólicos, y que algunos pueden necesitar ayuda o tratamiento con especialistas.

AA se ocupa únicamente de la recuperación personal y el mantenimiento de la sobriedad de toda persona alcohólica que recurre a la Comunidad en busca de ayuda. El movimiento no participa en el campo de la investigación sobre el alcoholismo, ni en el tratamiento médico o psiquiátrico, y no respalda ninguna causa; pero, a menudo, los miembros de AA participan a título personal en otras actividades.

Respecto a otras organizaciones interesadas en el campo del alcoholismo, la política del movimiento se basa en la *cooperación sin afiliación*.

Alcohólicos Anónimos se mantiene a sí misma gracias a sus grupos y miembros, y declina toda contribución de fuentes ajenas. Los miembros de AA mantienen su anonimato personal ante la prensa, la radio, la televisión y demás medios de comunicación masiva.

¿TENDRÁ AA ALGÚN DÍA UN GOBIERNO PERSONAL?

1947

***En el presente, la Novena Tradición dice:
«AA como tal nunca debe ser organizada;
pero podemos crear juntas o comités de
servicio que sean directamente responsables
ante aquellos a quienes sirven».***

Con casi toda seguridad, la respuesta a esta pregunta es *no*. Ese es el obvio veredicto de nuestra experiencia.

Para empezar, cada miembro de AA ha sido una persona que, a causa de su alcoholismo, apenas podía gobernarse a sí misma. Tampoco podía otro ser humano gobernar la obsesión del alcohólico por la bebida, ni su empeño en hacer todo a su manera. Es incalculable el tiempo que han invertido parientes, amigos, jefes, médicos, clérigos y jueces —cada uno a su manera— tratando de disciplinar a los alcohólicos. Casi sin excepción, cualquier intento de modificar su conducta por coacción fracasa completamente. No obstante, nosotros, los alcohólicos, podemos ser guiados, podemos ser inspirados; al unirnos a AA podemos someternos a la voluntad de Dios —y lo hacemos gustosamente—. Por lo tanto, no es de extrañar que la única autoridad real que se encuentra en AA sea la de un principio espiritual; nunca es una autoridad personal.

Nuestro individualismo desmedido —o *egocentrismo*, si se prefiere— fue, por supuesto, la razón principal por la que fracasamos en la vida y nos entregamos al alcohol. Cuando no podíamos obligar a otros a que se amoldaran a nuestros planes y deseos, bebíamos. Cuando otras personas trataban de coaccionarnos, también bebíamos. Aunque ahora estamos sobrios, todavía tenemos una fuerte «resaca» de aquellos primeros rasgos que nos hicieron rechazar la autoridad. En esto está probablemente la clave de la ausencia de un gobierno personal en AA: no hay derechos de admisión ni cuotas ni reglas ni reglamentos; ninguna exigencia de que los alco-

hólicos se sometan a los principios de AA; ninguna persona investida de autoridad sobre alguien más. Aunque no sea una gran virtud, nuestra aversión a la obediencia contribuye mucho a asegurar que estemos libres de todo tipo de dominación personal.

No obstante, es un hecho que la mayoría de nosotros practica en su vida personal los Doce Pasos *sugeridos* de recuperación —pero lo hacemos porque hemos elegido hacerlo; preferimos la recuperación a la muerte—. Entonces, poco a poco, reconocemos que es mejor vivir sobre una base espiritual. Hacemos lo sugerido porque queremos hacerlo.

De la misma manera, la mayoría de los grupos de AA están dispuestos a practicar los «Doce principios de la tradición [de AA] para asegurar nuestro futuro». Los grupos están dispuestos a evitar las controversias sobre cuestiones ajenas, tales como la reforma política o la religión; se centran en su único objetivo: ayudar a los alcohólicos a recuperarse; confían cada vez más en el automantenimiento y no en la caridad ajena. En sus relaciones públicas, insisten cada vez más en la modestia y el anonimato. Los grupos de AA practican estos otros principios tradicionales por la misma razón que cada miembro practica los Doce Pasos para la recuperación. Los grupos se dan cuenta de que, de no hacerlo, se disolverían, y pronto descubren que el apego a nuestra tradición y experiencia es la base de una vida de grupo más feliz y eficaz.

En ninguna parte de AA existe una autoridad humana establecida para obligar a un grupo a hacer lo que sea. Algunos grupos, por ejemplo, eligen a sus líderes. Pero, aun con esa autoridad delegada, cada líder descubre pronto que, aunque siempre puede guiar siendo un ejemplo y razonando, nunca como si fuera su jefe; de lo contrario, en la siguiente elección puede verse relegado.

La mayoría de los grupos de AA ni siquiera escogen líderes; prefieren tener comités rotativos para llevar sus asuntos sencillos. Estos comités son invariablemente considerados *servidores*; solo están autorizados para servir; nunca para dominar. Cada comité lleva a cabo lo que cree que son los deseos de su grupo. Nada más. Aunque los comités de AA solían tratar de disciplinar a los miembros descarriados; aunque a veces han elaborado reglas y reglamentos muy detallados —y de vez en cuando se han autoerigido como jueces de las costumbres de los demás—, no ha habido ningún caso, que yo sepa, en el que estas iniciativas aparentemente me-

ritorias hayan tenido algún efecto duradero, salvo —quizá— la elección de un nuevo comité.

Sin duda, puedo hacer estas afirmaciones con la mayor seguridad... porque yo también he tratado de gobernar a AA; y cada vez que lo he intentado tenazmente, me han abuchado.

Después de haberme esforzado durante algunos años en dirigir el movimiento de AA, tuve que rendirme: sencillamente, no funcionó. Todo intento prepotente de imponerme provocó siempre confusión y resistencia. Si tomaba partido en alguna polémica, algunos me citaban con satisfacción, mientras otros murmuraban: «Pero, ¿quién se cree que es este dictador?». Si criticaba mordazmente, me reviraban el doble de crítica. El poder personal siempre fracasó. Puedo ver sonreír a mis antiguos compañeros AA. Se acuerdan de aquella época cuando también ellos se sentían poderosamente llamados a «salvar el movimiento de AA» de esto o aquello. Pero aquel tiempo de actuar como fariseos ya pasó. Esos lemas tan breves, «Poco a poco» y «Vive y deja vivir», han llegado a ser hondamente significativos, tanto para ellos como para mí. Esa es la manera en que cada uno de nosotros aprende que, en AA, únicamente podemos ser servidores.

Hace mucho tiempo que nosotros, aquí en la oficina general, nos dimos cuenta de que tan solo podemos brindar ciertos servicios indispensables. Podemos facilitar información y literatura; podemos compartir la opinión de la mayoría de los AA acerca de nuestros problemas actuales; podemos ayudar a los nuevos grupos, dándoles consejos si nos lo piden; podemos cuidar las relaciones públicas de AA en general; a veces, podemos servir de intermediarios para resolver un problema. Del mismo modo, los editores de nuestra revista mensual, *AA Grapevine*, se consideran simplemente un reflejo de la vida y el pensamiento de AA actuales. Como meros servidores, no pueden ni gobernar ni hacer proselitismo. Lo mismo ocurre con los custodios de The Alcoholic Foundation, Inc. (nuestro comité de servicio general de AA): saben que no son sino fideicomisarios; guardianes que aseguran la eficacia de la oficina general de AA y del *AA Grapevine*; los depositarios de nuestros fondos generales y nuestras tradiciones; guardianes, nada más.

Está clarísimo que, aun aquí, en el centro mismo de AA, no hay sino un centro de servicio: custodios, editores, secretarías, etcétera; cada uno cumpliendo una función vital —eso sí—, pero ninguno con autoridad alguna para gobernar a *Alcohólicos Anónimos*.

No tengo la menor duda de que este tipo de centros de servicio, ya sea internacionales, nacionales, metropolitanos o locales, nos bastarán en el futuro. Mientras evitemos la acumulación peligrosa de riqueza o el surgimiento de un gobierno personal en esos centros, no nos desviaremos. Aunque la riqueza y la autoridad son medulares para muchas instituciones nobles, nosotros, los AA, comprendemos ahora —y mucho muy bien— que eso no es para nosotros. ¿Acaso no hemos constatado que lo que es alimento para uno, con frecuencia es veneno para otro?

¿No haríamos mejor si, en lugar de ello, nos adhiriéramos, aunque sea parcialmente, a los ideales fraternos de los primeros franciscanos? Que todos nosotros, los AA, ya sea como custodios, editores, secretarios, conserjes o cocineros, o simplemente miembros, recordemos siempre lo insignificantes que son la riqueza y la autoridad comparadas con la inmensa importancia de nuestros vínculos fraternos, amor y servicio.

EL ANONIMATO

1946

***Uno de los primeros artículos
acerca de nuestras tradiciones vitales
sobre el anonimato.***

En los años venideros, el principio de anonimato se convertirá sin duda en parte de nuestra tradición vital. Incluso en el presente nos damos cuenta de su valor práctico. Pero, lo que es aún más importante, estamos empezando a sentir que la palabra *anónimo* tiene para nosotros un inmenso sentido espiritual. De manera sutil pero enérgica, nos recuerda que siempre debemos anteponer los principios a las personalidades; que hemos renunciado a la glorificación personal ante el público; que nuestro movimiento no solo predica, sino que, de hecho, practica una humildad auténtica. No cabe la menor duda de que la práctica del anonimato en nuestras relaciones públicas ya ha tenido un profundo efecto, tanto en nosotros como en nuestros millones de amigos en el mundo que nos rodea. El anonimato constituye ya la piedra cimera de nuestra política de relaciones públicas.

La forma en que esta idea se originó y después arraigó entre nosotros, es un dato interesante de la historia de AA. En los años anteriores a la publicación del libro *Alcohólicos Anónimos*, no teníamos nombre. Sin nombre, desordenados, nuestros principios esenciales de recuperación aún envueltos en discusiones y pruebas, no éramos sino un grupo de bebedores que andábamos a tientas por lo que esperábamos fuera el camino hacia la liberación. Cuando pudimos ver que andábamos por buen camino, decidimos escribir un libro mediante el cual pudiéramos contar a otros alcohólicos las buenas nuevas. A medida que el libro iba tomando forma, inscribimos en él lo esencial de nuestra experiencia. Fue el resultado de miles de horas de discusión. Fue el reflejo fiel de la voz, el corazón y la conciencia colectiva de quie-

nes fuimos pioneros durante los primeros cuatro años de AA.

A medida que se acercaba el día de la publicación, nos devanábamos los sesos para encontrar un título apropiado para el libro. Hemos de haber considerado al menos doscientos títulos. El idear títulos y someterlos a votación en las reuniones se convirtió en una de nuestras actividades principales. Tras multitud de discusiones y polémicas, logramos finalmente reducir las posibilidades a dos. ¿Debíamos intitular nuestro nuevo libro *The Way Out* (La salida) o *Alcohólicos Anónimos*? Es lo único que nos faltaba. Se efectuó una votación de última hora entre los grupos de Akron y de Nueva York. Por un escaso margen, el veredicto fue intitular nuestro libro *The Way Out*. Justo antes de mandar imprimir, alguien señaló la posibilidad de que ya hubiera otros libros con el mismo título. Uno de nuestros primeros miembros solitarios (nuestro querido Fritz M., quien entonces vivía en Washington) fue a la Biblioteca del Congreso para investigar. Encontró exactamente doce libros ya intitulados *The Way Out*. Cuando hicimos circular esta información, temblamos ante la posibilidad de ser «la decimotercera “salida”». Así que *Alcohólicos Anónimos* pasó a ser la primera preferencia. Así fue como dimos nombre a nuestro libro de experiencia; un nombre para nuestro movimiento; y, como ya estamos empezando a ver, establecimos una tradición de la más alta importancia espiritual. ¡Los caminos de Dios son inescrutables!

En el libro *Alcohólicos Anónimos* solo aparecen tres referencias al principio de anonimato. En el prólogo de nuestra primera edición se lee: «Es importante que nosotros permanezcamos anónimos, porque [...] siendo la mayoría gente de negocios o empleados, no podríamos cumplir con nuestras ocupaciones», y «Cuando escribimos o hablamos públicamente sobre el alcoholismo, recomendamos a cada uno de nuestros miembros omitir su nombre, presentándose en cambio como un miembro de Alcohólicos Anónimos», y, a continuación, «Muy seriamente le pedimos a la prensa también observar esta recomendación; de otra manera, estaremos grandemente incapacitados».

Desde la publicación de *Alcohólicos Anónimos* en 1939, se han formado centenares de grupos de AA. En cada uno se hacen estas preguntas: «¿Hasta qué punto debemos ser anónimos?», y «A fin de cuentas, ¿de qué sirve este principio de anonimato?». En buena medida, cada grupo ha llegado a su propia interpretación. Como cabría esperar, todavía hay

grandes diferencias de opinión entre nosotros. Lo que significa nuestro anonimato, y hasta qué punto debemos mantenerlo, son precisamente las preguntas que falta responder.

Aunque ya no tememos como antes al estigma del alcoholismo, hay todavía miembros para quienes su relación con nosotros es un asunto muy delicado. Algunos asisten bajo nombres ficticios. Otros nos hacen jurar que guardaremos el más absoluto secreto. Temen que su relación con *Alcohólicos Anónimos* pueda dañar sus negocios o su posición social. En el otro extremo se encuentra la persona que opina que el anonimato no es más que una tontería infantil. Cree que es su deber gritar a los cuatro vientos que es miembro de Alcohólicos Anónimos. Señala que en nuestra comunidad de AA hay personas famosas, algunas de renombre nacional. «¿Por qué no podemos aprovechar su fama —pregunta—, como haría cualquier otra organización?».

Entre ambos extremos hay un sinfín de matices de opinión. Algunos grupos —los nuevos, sobre todo— se comportan como si fueran sociedades secretas. No quieren que nadie sepa de sus actividades, ni siquiera sus amigos. Tampoco son de la idea de que estén presentes en sus reuniones los clérigos, los médicos o sus esposas. En cuanto a invitar a reporteros, ¡ni pensarlo!

A otros grupos les parece que sus localidades deben estar ampliamente informadas sobre Alcohólicos Anónimos. Aunque no publican sus nombres, aprovechan cualquier oportunidad para dar a conocer las actividades de su grupo. A veces, celebran reuniones públicas o semipúblicas donde los AA se presentan por su nombre en el estrado. A menudo, se invita a médicos, clérigos y funcionarios públicos a hablar en estas reuniones. De vez en cuando, algunos miembros han roto completamente su anonimato. Sus nombres, fotos y actividades personales han sido publicados por la prensa. A veces, han publicado artículos como miembros de AA, con sus nombres completos, acerca de su pertenencia a AA.

Así que, aunque es evidente que la mayoría de nosotros defendemos el anonimato, la forma en que practicamos el principio varía mucho. Y, de hecho, debemos darnos cuenta de que la seguridad y eficacia de Alcohólicos Anónimos en el futuro podrían depender de que lo conservemos.

La pregunta crucial es: ¿Dónde debemos fijar el punto en que las personalidades desaparecen y empieza el anonimato?

En realidad, muy pocos de nosotros somos anónimos con quienes tratamos a diario. Hemos dejado de guardar nuestro anonimato a este nivel porque creemos que nuestros amigos y colegas deben saber de Alcohólicos Anónimos y de lo que ha hecho por nosotros. También queremos librarnos del temor a admitir que somos alcohólicos. Aunque pedimos sinceramente a los reporteros que no revelen nuestra identidad, a menudo hablamos en reuniones semipúblicas utilizando nuestro nombre completo. Queremos convencer a nuestro público de que nuestro alcoholismo es una enfermedad sobre la cual ya no tememos hablar ante nadie. Hasta aquí, todo bien.

Pero si nos arriesgamos a sobrepasar este límite, sin duda se perderá el principio de anonimato para siempre. Si cada AA se sintiese libre de dar a conocer su propio nombre, foto o historia personal, pronto nos precipitaríamos en un remolino de publicidad personal imposible de contener —obviamente—. ¿No es aquí donde, mediante una tradición firmemente arraigada, debemos fijar el límite?

1. Por consiguiente, cada miembro de AA debe tener el privilegio de abrigarse con tanto anonimato personal como desee. Sus compañeros AA deben respetar sus deseos y ayudarlo a proteger su anonimato en el grado que le parezca apropiado.

2. Inversamente, el miembro de AA debe respetar el parecer de su grupo en cuanto al anonimato. Si los miembros de su grupo desean ser menos conspicuos que él en la localidad, debe complacerlos, a menos que cambien de opinión.

3. Debe ser una política universal que ningún miembro de Alcohólicos Anónimos considere jamás que está en libertad de publicar —en cuanto a cualquier actividad de AA— su nombre o foto en los medios de comunicación públicos. Esto, no obstante, no le impediría emplear su nombre en otras actividades públicas —siempre que, por supuesto, no revele que es miembro de AA—.

Si estas sugerencias —o variaciones de las mismas—, han de ser adoptadas como una política general, todo miembro de AA querrá saber más acerca de nuestra experiencia ya acumulada. Sin duda querrá saber lo que la mayoría de nuestros miembros veteranos piensan respecto al anonimato hoy en día. El propósito de este ensayo será el de poner al tanto a todos acerca de nuestra experiencia colectiva.

En primer lugar, creo que la mayoría de nosotros reconoceríamos que el concepto general del

anonimato es acertado, porque anima a los alcohólicos y a sus familiares a recurrir a nosotros en busca de ayuda. Todavía temerosos de ser estigmatizados, consideran nuestro anonimato como una garantía de que sus problemas serán tratados confidencialmente; de que las experiencias vergonzosas de la familia por causa del alcoholismo no andarán de boca en boca.

Segundo: la política de anonimato es una protección para nuestra causa. Previene que nuestros fundadores o líderes —por así llamarlos— se conviertan en personalidades públicas que en cualquier momento podrían emborracharse y dar un mal ejemplo de AA. Nadie puede afirmar que eso no podría ocurrirnos; claro que podría.

Tercero: casi todo periodista que hace un reportaje acerca de AA se queja —en un principio— de lo difícil que es escribir un artículo sin nombres. Pero pronto se olvida de este inconveniente, al darse cuenta de que se trata de un grupo de personas a quienes no les interesa sacar ningún provecho personal. Quizá es la primera vez en su vida que hace un reportaje sobre una organización que no busca ninguna publicidad personal. Por burlón que sea, esta sinceridad patente lo convierte inmediatamente en un amigo de AA. Por lo tanto, el suyo es un artículo cordial, y nunca un mero trabajo rutinario; es un artículo entusiasta; porque el reportero mismo así se siente. A menudo, la gente se pregunta cómo es que Alcohólicos Anónimos ha logrado conseguir tan increíble y excelente publicidad. Al parecer, la respuesta es que prácticamente todos los que escriben sobre nosotros acaban siendo conversos de AA; zelotes, incluso. ¿No es acaso nuestra política de anonimato la causa principal de este fenómeno?

Cuarto: ¿por qué tiene el público una opinión tan favorable de nosotros? ¿Simplemente porque estamos ayudando a muchos alcohólicos a recuperarse? No, eso no puede ser el único motivo. Por impresionantes que sean nuestras recuperaciones, a las personas les interesa más aún nuestra manera de vivir. Para un público cansado de que lo presionen para comprar, de las promociones sensacionalistas y de las arengas de los personajes públicos, nuestra tranquilidad, modestia y anonimato es algo reparador. Puede ser, por eso, que sienta que se está generando un inmenso poder espiritual; que algo nuevo ha entrado en su propia vida.

Si el anonimato ya ha hecho todo esto por nosotros, está claro que debemos mantenerlo como una política general. Siendo de tanto valor para no-

sotros en el presente, podría llegar a ser un bien inestimable en el futuro. *En un sentido espiritual, el anonimato equivale, como instrumento de política general, a renunciar al prestigio personal.* Estoy convencido de que haríamos bien en preservar este poderoso principio; de que debemos estar resueltos a no abandonarlo nunca.

Consideremos ahora cómo ponerlo en práctica. Debido a que ofrecemos el anonimato a cada recién llegado, debemos, por supuesto, proteger el anonimato del nuevo miembro tanto como él o ella quieran; porque, cuando leyeron nuestros anuncios y recurrieron a nosotros, nos comprometimos a hacer justamente eso. E incluso si la persona prefiere asistir utilizando un nombre ficticio, debemos asegurarle que puede hacerlo. Si prefiere que nos abstengamos de comentar su caso con cualquier otra persona —incluyendo a otros miembros de AA—, igualmente debemos respetar ese deseo. Aunque a la mayoría de los recién llegados no les importa en lo más mínimo quién se entere de su alcoholismo, a otros les preocupa sobremedida. Protejámoslos por todos los medios hasta que superen esa preocupación.

Tenemos, por otro lado, el problema del recién llegado que quiere abandonar su anonimato demasiado pronto. Corre a proclamar entre todas sus amistades la buena nueva de AA. Si su grupo no le advierte al respecto, puede que se apresure a ir a la oficina de un periódico o se pare frente a un micrófono para contarle al mundo entero todo sobre sí. Es posible, también, que se ponga a confesarle a todo mundo los detalles más íntimos de su vida —tan solo para descubrir que, en este sentido, no hacía falta confesar nada—. Debemos sugerirle que lo tome con calma; que primero ponga en orden su vida, antes de hablarle a todo mundo acerca de AA; que a nadie se le ocurriría hacer publicidad de AA sin la certeza de que su grupo lo aprueba.

Luego tenemos el problema del anonimato del grupo. Es probable que el grupo —al igual que individualmente el miembro— deba andar con precaución, hasta que haya ganado fortaleza y experiencia. No hay por qué apresurarse a invitar a personas no alcohólicas, o a organizar reuniones públicas. Sin embargo, esta postura conservadora de los primeros tiempos puede ser exagerada. Algunos grupos siguen, año tras año, evitando toda publicidad y cualquier reunión que no sea únicamente para alcohólicos. Estos grupos tienden a desarrollarse lentamente. Se anquilosan, por no dejar entrar la sangre renovadora con suficiente rapidez. En su ansiedad por mantener su secretismo, se olvidan de

su obligación ante otros alcohólicos de su localidad, quienes no saben de la existencia de AA. No obstante, esta cautela desmedida acaba por desaparecer. Poco a poco, se celebran algunas reuniones abiertas a los parientes y amigos. De vez en cuando, puede invitarse a los clérigos y a los médicos. Finalmente, el grupo consigue la ayuda del periódico local.

En la mayoría de los casos —aunque no en todos—, es costumbre que los AA utilicen sus nombres al hablar en las reuniones públicas o semipúblicas. Esto se hace para mostrarle al público que hemos superado el estigma del alcoholismo. Sin embargo, si entre los presentes hay reporteros, les pedimos encarecidamente que no publiquen los nombres de los oradores alcohólicos que figuran en el programa. Así se preserva el principio de anonimato en cuanto al público en general, a la vez que nos presentamos como un grupo de alcohólicos que ya no tememos que nuestras amistades sepan que hemos sido personas muy enfermas.

En la práctica, entonces, el principio de anonimato parece reducirse a lo siguiente: salvo una excepción muy importante, es asunto estrictamente personal de cada individuo o grupo hasta qué punto puede romper su anonimato. La excepción es que todos los grupos y miembros, cuando escriben o hablan dando a conocer su calidad de miembros de Alcohólicos Anónimos, deben sentirse comprometidos a no revelar nunca sus nombres completos. Este es el nivel de divulgación pública en el que nos parece necesario marcar la frontera para el anonimato. *No debemos romper nuestro anonimato ante el público general en los medios de comunicación o la prensa, en películas o en la radio.*

Todo aquel que quiera romper su anonimato debe reflexionar en que con ello podría sentar un precedente que eventualmente podría destruir un principio valioso. Jamás debemos permitir que algún beneficio inmediato nos haga vacilar en nuestra determinación de cumplir íntegramente esta tradición verdaderamente vital.

Todo AA necesita practicar modestia y humildad auténticas para su propia recuperación permanente; y si estas virtudes son a tal grado necesarias individualmente, también han de serlo para AA en su conjunto. Este principio de anonimato ante el público, si lo tomamos con suficiente seriedad, puede asegurar que el movimiento de Alcohólicos Anónimos tenga para siempre estos excelentes atributos. Nuestra política de relaciones públicas debe basarse principalmente en el principio de atracción, y rara vez —si acaso— en la promoción.

POR QUÉ ALCOHÓLICOS ANÓNIMOS ES ANÓNIMO

1955

**¿Cuál era la opinión de Bill acerca
del anonimato veinte años después
de la formación de AA?**

Como nunca antes, la lucha por el poder, la influencia y la riqueza está desgarrando la civilización. Hombre contra hombre, familia contra familia, grupo contra grupo, nación contra nación.

Casi todos los involucrados en esta competencia salvaje afirman que su objetivo es la paz y la justicia para sí mismos, para sus vecinos y para sus naciones: «Dennos poder, y tendremos justicia; dennos fama, y estableceremos un ejemplo admirable; dennos dinero, y estaremos a gusto y felices». La gente de todo el mundo está absolutamente convencida de ello, y por eso actúa en consecuencia. Inmersa en tan atroz borrachera seca, la sociedad parece ir tambaleándose por un callejón sin salida. La señal de *alto* está claramente marcada. Dice: «Desastre».

¿Qué tiene que ver todo esto con el anonimato y con Alcohólicos Anónimos?

Nosotros, los AA, ya debiéramos saberlo. Casi todos nosotros hemos recorrido un callejón sin salida idéntico. Propulsados por el alcohol y la autojustificación, muchos de nosotros hemos ido detrás de los fantasmas de la autosuficiencia y el dinero hasta la señal misma de «Alto: desastre». Vino entonces AA. Nos volvimos y nos encontramos en una nueva autopista, donde las señales de tránsito nada decían sobre poder, fama o riqueza. En esas nuevas señales se leía: «Por aquí hacia el sano juicio y la serenidad. Cuota: negación de sí mismo».

Nuestro nuevo libro, *Doce Pasos y Doce Tradiciones*, dice que «el anonimato personal es la mejor protección de AA». Dice también: «La sustan-

cia espiritual del anonimato es el sacrificio».

Examinemos los veinte años de experiencia de AA para ver cómo llegamos a esta convicción, plasmada ahora en nuestras Tradiciones Once y Doce.

Al principio, sacrificamos el alcohol —teníamos que hacerlo, o nos habría matado—. Pero no podríamos librarnos del alcohol a menos que hiciéramos otros sacrificios. Tuvimos que dejar de ser petulantes y farsantes. Tuvimos que deshacernos de toda autojustificación e ira, y de la lástima que sentíamos por nosotros mismos. Tuvimos que abandonar la absurda competencia para ver quién lograba tener más éxito y dinero. Tuvimos que aceptar que fuimos nosotros los causantes de nuestra lamentable situación, y dejar de buscar culpables.

¿No fueron esos sacrificios? ¡Claro que lo fueron! Para adquirir la humildad y la dignidad mínimas siquiera para seguir con vida, tuvimos que renunciar a lo que había sido nuestra más querida posesión: nuestras ambiciones y nuestro orgullo ilegítimo.

Pero incluso todo eso no fue suficiente; el sacrificio debía ser mucho mayor: otras personas también debían beneficiarse. Así que nos pusimos a practicar el Paso Doce; comenzamos a transmitir el mensaje de AA. Sacrificamos tiempo, energía y nuestro propio dinero para hacerlo. No podríamos conservar lo que teníamos a menos que lo diésemos a otros.

¿Exigimos a quienes les transmitíamos el mensaje que nos dieran algo? ¿Les pedimos que nos dejaran controlar sus vidas; que nos dieran el crédito por nuestra «buena obra»; que nos dieran un solo centavo de su dinero? No, nada de eso. Entendimos que, si exigíamos cualquiera de estas cosas, nuestra labor de Paso Doce sería estéril. Así que tuvimos que sacrificar estos deseos naturales; de lo contrario, estas personas obtendrían muy poca o ninguna sobriedad —lo mismo que nosotros—.

Por lo tanto, aprendimos que el sacrificio tenía que producir un beneficio en ambos; de otro modo, escasamente lo habría para ninguno. Descubrimos lo que significa entregarnos a nosotros mismos sin ponerle precio.

Cuando se formó el primer grupo de AA, no tardamos en aprender mucho más sobre ello. Vimos que cada uno de nosotros, voluntariamente, tenía que hacer sacrificios por el bien del grupo; sacrificios por el bienestar común. Por su parte, el grupo se dio cuenta de que tenía que renunciar a muchos de sus propios derechos en aras de la protección y

el bienestar de cada miembro, y de AA en su conjunto. Tuvimos que hacer estos sacrificios, o AA habría dejado de existir.

A partir de estas experiencias —y de las conclusiones que de ellas obtuvimos—, fueron cobrando su forma y contenido las Doce Tradiciones de Alcohólicos Anónimos.

Poco a poco, empezamos a entender que la unidad, la eficacia e incluso la supervivencia de AA siempre dependerían de nuestra voluntad continua de sacrificar nuestros deseos y ambiciones personales por la seguridad y bienestar comunes. Así como el sacrificio significaba la supervivencia para el individuo, significaba también la supervivencia y la unidad para el grupo y para toda la comunidad de AA.

Desde esta perspectiva, las Doce Tradiciones de AA no son otra cosa que un listado de los sacrificios que la experiencia de veinte años nos ha enseñado que tenemos que hacer, tanto individual como colectivamente —si queremos que AA siga existiendo en términos saludables—.

En nuestras Doce Tradiciones hemos fijado nuestra postura frente a casi todas las actitudes que prevalecen en el mundo.

Hemos renunciado a un gobierno personal, al lucro y al derecho a decidir quiénes pueden ser nuestros miembros. Hemos renunciado a auto-proclamarnos «bienhechores», «reformadores», y al paternalismo. Nos hemos negado a aceptar contribuciones caritativas, optando por sufragar nosotros nuestros gastos. Estamos dispuestos a cooperar prácticamente con todo mundo, pero nuestra Comunidad no está casada con nadie. Nos abstenemos de participar en polémicas públicas, y no discutimos entre nosotros mismos por los temas que desgarran a la sociedad: la religión, la política y la reforma. Tenemos un solo objetivo: transmitir el mensaje de AA al enfermo alcohólico que lo desee.

Adoptamos estas actitudes no por arrogarnos una virtud o sabiduría especial; lo hacemos porque la dura experiencia nos ha convencido de que son necesarias —si AA ha de sobrevivir en el afligido mundo actual—. No solo renunciamos a nuestros derechos y hacemos sacrificios por obligación, sino —mejor aún— porque queremos hacerlo. AA es un poder más grande que cualquiera de nosotros; tiene que seguir viviendo o, si no, miles de personas enfermas como nosotros morirían irremediabilmente... de eso estamos seguros.

¿Y qué papel desempeña el anonimato en todo esto? ¿En qué consiste el anonimato? ¿Por qué lo consideramos la mayor y única protección que AA puede tener? ¿Por qué representa el anonimato el máximo símbolo del sacrificio personal, la clave espiritual de todas nuestras tradiciones y de nuestra misma manera de vivir?

Espero hondamente que el siguiente fragmento de la historia de AA haga patente la respuesta que todos buscamos.

Hace años, un famoso jugador de béisbol logró la sobriedad por medio de AA. Debido a que su retorno fue tan espectacular, recibió una tremenda ovación personal de la prensa, y se atribuyó una gran parte del mérito a Alcohólicos Anónimos. Millones de admiradores vieron su nombre completo y su foto, identificándolo como miembro de AA. Eso nos benefició mucho: los alcohólicos vinieron en tropel. Estábamos encantados. Yo estaba especialmente emocionado... porque me dio «ideas».

Al poco tiempo, me puse en marcha, ofreciendo alegremente entrevistas personales y fotografías mías. Con gran satisfacción, constaté que también yo podía estar en primera plana, tal como él. Además, él no podía mantener su ritmo de publicidad; yo, sí. Solo tenía que seguir viajando y dando charlas; el resto lo hacían los grupos de AA y los periódicos de la localidad. Me quedé perplejo cuando, recientemente, releí estos antiguos reportajes: durante dos o tres años, supongo que fui el rompedor de anonimato número uno en AA.

Así que no puedo criticar a ningún AA que desde entonces ha querido acaparar la atención. Yo mismo di el ejemplo más visible hace años.

En aquella época, parecía ser lo correcto. Así justificado, lo hice con avidez. Cuánto me estremeció leer aquellos artículos a dos columnas acerca de «Bill, el corredor de bolsa» —con foto y nombre completo—; el tipo que estaba salvando borrachos por millares.

Luego, este hermoso cielo azul comenzó a nubarse un poco. Los escépticos en AA comenzaron a murmurar, diciendo: «Este tipo, Bill, está acaparando toda la atención; y al doctor Bob no le está dando ningún crédito». O también: «¿Y si toda esa publicidad se le sube a la cabeza y se emborracha, haciéndonos quedar mal?».

Esto me hirió. ¿Cómo es posible que me acosaran, si estaba haciendo tanto bien? Les dije a quienes me criticaban que estábamos en los Estados

Unidos. ¿Acaso no sabían que yo tenía derecho a expresarme libremente? ¿No es cierto que este y todos los demás países los dirigen líderes de renombre? El anonimato quizá era lo indicado para el miembro medio de AA; pero con los cofundadores debe hacerse una excepción. Indudablemente, el público tenía derecho a saber quiénes éramos.

Los auténticos adictos al poder en AA —personas sedientas de prestigio, tal como yo— no tardaron en aprender: también ellos iban a ser «excepciones». Decían que el anonimato ante el público era únicamente para los tímidos; los más intrépidos y atrevidos —como ellos— debían posar frente a los *flashes* y ser escuchados. Este tipo de valentía pronto pondría fin al estigma que pesa sobre los alcohólicos. El público vería inmediatamente cuán distinguidos ciudadanos podían ser los borrachos recuperados. Así que cada vez más miembros fueron rompiendo su anonimato, todos «por el bien de AA». ¿Y si un borracho *fuera* fotografiado con el gobernador? Tanto aquel como el gobernador merecían tal honor, ¿o no? Y así, aceleramos a fondo... por un callejón sin salida.

El siguiente capítulo de rupturas de anonimato se veía aún más «color de rosa». Una AA, íntima amiga mía, quería dedicarse a la educación sobre el alcoholismo. Una facultad de una universidad importante, interesada en el alcoholismo, le propuso que diera conferencias al público, exponiendo que los alcohólicos eran gente enferma, y que podía hacerse mucho al respecto. Mi amiga era una oradora y escritora excepcional. ¿Debía decir en público que ella era miembro de AA? Pues... ¿por qué no? Al utilizar el nombre de Alcohólicos Anónimos conseguiría publicidad favorable, tanto para un buen programa de educación acerca del alcoholismo como para AA. Me pareció una idea estupenda, y le di mi bendición.

El nombre de AA ya había empezado a hacerse famoso y valioso. Con el respaldo de nuestro nombre, y gracias a las grandes habilidades de mi amiga, los resultados fueron inmediatos. En un abrir y cerrar de ojos, su nombre y su foto —acompañados de excelentes reportajes acerca de su proyecto educativo y sobre AA—, aparecieron en casi todos los periódicos principales de los Estados Unidos. La comprensión del público acerca del alcoholismo aumentó, y el estigma que pesaba sobre los borrachos, disminuyó —y AA vio llegar a nuevos miembros—. Con toda seguridad, no podía haber nada malo en ello.

Pero sí lo hubo. En aras de este beneficio a corto plazo, estábamos exponiéndonos a riesgos futuros de proporciones considerables y preocupantes.

Al poco tiempo, un miembro de AA empezó a publicar una revista dedicada a hacer campaña a favor de la prohibición. Creía que Alcohólicos Anónimos debía ayudar a convertir en abstemios a todo el mundo. Se identificó como miembro de AA, y utilizó como quiso el nombre de AA para condenar los males del whisky, a quienes lo producen y a quienes lo beben. Hizo hincapié en que él también era un «educador», y que su tipo de educación era la «correcta». En cuanto a involucrar a Alcohólicos Anónimos en la polémica pública, creía que ese era precisamente nuestro deber. Así que utilizó diligentemente el nombre de AA para hacerlo. Por supuesto, rompió su anonimato para ayudar a su querida causa.

A continuación, una asociación de comerciantes de licores presentó la propuesta de que un miembro de AA ocupara un puesto de «educación». Se le diría a la gente que el alcohol en cantidades excesivas era dañino para cualquier persona, y que ciertas personas —los alcohólicos— no debían beberlo en absoluto. ¿Qué tendría esto de malo?

El detalle era que nuestro compañero AA tendría que romper su anonimato: cada anuncio e impreso publicitario lo presentaría como miembro de Alcohólicos Anónimos con su nombre completo. Esto, por supuesto, necesariamente daría al público la impresión de que AA estaba a favor de la «educación», al estilo de los comerciantes de licor.

Aunque estos proyectos nunca progresaron mucho, tuvieron tremendas implicaciones. Nos las mostraron con puntos y comas. Al prestar sus servicios a una causa ajena, y luego revelar al público su pertenencia a AA, un miembro podría vincular a Alcohólicos Anónimos con cualquier empresa o controversia, buena o mala. Cuanto más valor tuviera el nombre de AA, mayor sería la tentación.

No tardó mucho en manifestarse otra prueba de ello. Otro miembro comenzó a involucrarnos en el sector publicitario. Una compañía de seguros de vida lo había contratado para presentar una serie de «conferencias» acerca de Alcohólicos Anónimos que serían emitidas por una cadena nacional de radio. Esto, desde luego, daría publicidad a los seguros de vida, así como a Alcohólicos Anónimos, y, naturalmente, *a nuestro compañero*; todo en un atractivo paquete integral.

En la oficina central de AA, revisamos las conferencias propuestas. Más o menos un 50 % era AA y otro 50 % eran las convicciones religiosas de nuestro compañero. Esto podría producir en el público una impresión equivocada de nosotros. Se suscitarían prejuicios religiosos en contra de AA. Así que nos opusimos.

Nuestro compañero nos respondió con una carta airada, diciendo que había sido «inspirado» para dar estas conferencias, y que no teníamos derecho a interferir en su libertad de expresión. Aunque le iban a pagar por su trabajo, lo único que le interesaba era el bienestar de AA, y si nosotros no sabíamos lo que nos convenía, pues qué mala suerte. Tanto nosotros como la junta de custodios podíamos irnos al diablo. Las conferencias iban a ser emitidas.

La situación era difícil. Tan solo con romper su anonimato y utilizar el nombre de AA para sus propios fines, nuestro compañero podría apoderarse de nuestras relaciones públicas; involucrarnos en una polémica religiosa; implicarnos en el sector publicitario; y, por hacer todas esas «buenas obras», la compañía de seguros le pagaría muy buenos honorarios.

¿Significaba esto que cualquier miembro confundido podría poner a nuestra Comunidad en peligro, en cualquier momento o lugar, tan solo con romper su anonimato y persuadirse de estar haciéndonos un gran servicio? Nos imaginamos a todos los publicistas en AA buscando un patrocinador comercial para —utilizando el nombre de AA— vender de todo; desde galletas saladas hasta jugo de ciruela.

Teníamos que hacer algo. Le escribimos a nuestro compañero, recordándole que AA también tenía libertad de expresión. No nos opondríamos en público a él, pero podíamos garantizarle que la empresa patrocinadora recibiría varios miles de cartas de protesta de miembros de AA, si se emitía el programa en la radio. Nuestro compañero abandonó el proyecto.

Pero el dique de nuestro anonimato seguía teniendo filtraciones. Varios miembros de AA empezaron a involucrarnos en la política. Comenzaron a decirle a los comités legislativos locales —públicamente, por supuesto— justo lo que AA quería con respecto a la rehabilitación, la subvención y la legislación ilustrada.

Así, con nombres completos y hasta con fotografías, algunos de nosotros nos convertimos en cabilderos. Otros miembros se sentaban en los es-

trados con los jueces de los tribunales de policía, para aconsejarles cuáles borrachos de los que les eran presentados debían ser enviados a AA y cuáles a la cárcel.

Luego surgieron problemas económicos relacionados con rupturas de anonimato. Por esa época, la mayoría de los miembros estaban convencidos de que debíamos dejar de hacer colectas públicas para asuntos de AA. No obstante, el proyecto educativo de mi amiga, patrocinado por la universidad, había crecido rápidamente. Su necesidad de dinero —y en grandes cantidades— era perfectamente válida y legítima. Por consiguiente, se lo solicitó al público, haciendo campañas con este fin. Ya que era miembro de AA —y seguía diciéndolo—, muchos colaboradores estaban confundidos. Creían que AA participaba en el campo de la educación, o creían que era AA misma la que estaba colectando fondos —cuando ni lo estaba haciendo ni pensaba hacerlo—.

Así que el nombre de AA se utilizaba para solicitar fondos a la vez que tratábamos de decirle al público que AA no quería dinero de fuentes ajenas.

Al darse cuenta de lo que ocurría, mi amiga, siendo la maravillosa miembro que es, trató de reasumir su anonimato. Debido a que había recibido tanta publicidad, esto ha sido una tarea difícil; le ha llevado años. Pero hizo el sacrificio, y por este medio, en nombre de todos nosotros, quiero dejar constancia de mi profundo agradecimiento.

Este precedente dio pie a todo tipo de colectas públicas de dinero por parte de miembros de AA; dinero para granjas de desintoxicación, iniciativas privadas de Paso Doce, pensiones y clubes de AA, etcétera, todas impulsadas en buena medida por rupturas de anonimato.

Luego nos sorprendió enterarnos de que nos habían envuelto en la política partidista, esta vez en beneficio de una sola persona. Al postularse para un cargo público, un miembro llenó su propaganda política con el dato de que era miembro de AA, y, por lógica, estaba «sobrio como un juez». Puesto que AA era popular en su estado, le pareció que esto lo ayudaría a ganar en las elecciones.

Tal vez la mejor historia de este tipo sea la de cómo se utilizó el nombre de AA para reforzar los argumentos en una demanda por difamación. Llegó a manos de una compañera —cuyo nombre y cuyos logros profesionales son conocidos en tres continentes— una carta, la cual, en su opinión, perjudicaba su reputación profesional. Le pareció que debía

hacerse algo al respecto, y su abogado —también miembro de AA— estuvo de acuerdo. Daban por sentado que tanto el público como AA se sentirían justamente indignados si se divulgaran los hechos. En seguida, aparecieron reportajes en primera plana en varios periódicos; informaban de que AA estaba apoyando a una de sus miembros —indicando el nombre completo, claro está—, con la esperanza de que ella ganara su demanda por difamación. Poco después, un conocido locutor de radio comunicó lo mismo a sus oyentes —estimados en unos doce millones de personas—. Esto demostró otra vez que era posible aprovecharse del nombre de AA para asuntos meramente personales... y esta vez fue a escala nacional.

Los viejos archivos de la oficina general de AA dan testimonio de docenas de experiencias de rupturas de anonimato similares. La mayoría de ellas nos enseñan las mismas lecciones.

Nos dicen que nosotros, los alcohólicos, somos los racionalizadores más grandes del mundo; que, fortalecidos por el pretexto de hacer cosas magníficas para AA, con romper nuestro anonimato, podemos reanudar nuestra antigua y desastrosa búsqueda de poder y prestigio personales, de reconocimiento público y de dinero; las mismas compulsiones implacables que antes, al ser frustradas, nos hicieron beber; las mismas fuerzas que en el presente están desgarrando al mundo por completo. Además, hacen patente que, de darse rupturas de anonimato lo suficientemente espectaculares, algún día podrían arrastrar consigo a toda nuestra Comunidad hacia ese ruinoso callejón sin salida.

Así que estamos seguros de que, si estas fuerzas llegaran algún día a dominar a nuestra Comunidad, también nosotros pereceríamos, tal como otras sociedades han perecido en el curso de la historia humana. No supongamos ni por un momento que nosotros, alcohólicos recuperados, somos mejores o más fuertes que los demás, ni que, porque en veinte años no le ha pasado nada a AA, nunca podría pasarle algo.

Nuestra mayor y verdadera esperanza está en el hecho de que nuestra experiencia total —como alcohólicos y como miembros de AA— nos ha enseñado hasta el último detalle el poder inmenso de estas fuerzas de autodestrucción. Estas lecciones, aprendidas a golpes, han hecho que estemos plenamente dispuestos a asumir cualquier sacrificio que sea necesario para preservar a nuestra preciada Comunidad.

Por esta razón, consideramos que el anonimato *a nivel público* es nuestra mejor protección contra nosotros mismos; el guardián de todas nuestras tradiciones, y el símbolo máximo de abnegación que conocemos.

Desde luego, ningún AA tiene que ser anónimo en su familia, con sus amigos o sus vecinos; que sepan que somos AA suele ser algo positivo. Ni existe tampoco algún peligro especial cuando hablamos en las reuniones del grupo o en las semipúblicas de AA, con tal de que *no se publiquen fotos ni apellidos* en los reportajes de la prensa.

Pero ante el público en general —la prensa, la radio, el cine, la televisión y otros medios similares—, la publicación de nombres completos y fotos es peligrosa en extremo; es la rendija principal por donde se cuelan las temibles fuerzas destructoras que siguen latentes en todos nosotros. Mantengamos tapada esa rendija.

Hemos constatado cabalmente que mantener un absoluto anonimato personal ante el público es tan importante para la vida de AA como la sobriedad absoluta lo es para la vida de cada miembro.

Afirmo esto con toda seriedad; lo afirmo porque conozco perfectamente la tentación de buscar fama y dinero. Puedo afirmarlo porque en otra época yo mismo rompía mi anonimato. Le agradezco a Dios que, hace años, la voz de la experiencia y los consejos de mis sabios compañeros me apartaron de la senda peligrosa por la que pude haber llevado a toda nuestra Comunidad. De esta manera aprendí que un beneficio temporal con frecuencia puede convertirse en el enemigo mortal del bien permanente. Tratándose de la supervivencia de AA, nada que no sea lo mejor de nosotros mismos será suficiente.

Queremos mantener un anonimato absoluto por otra razón de fondo en la que a menudo no reparamos. En vez de granjearnos más publicidad, las repetidas rupturas de anonimato en beneficio propio podrían perjudicar gravemente la excelente relación que ahora tenemos con la prensa y con el público. Podríamos acabar teniendo escasa difusión en la prensa y perder credibilidad ante el público.

Durante muchos años, los medios informativos en todo el mundo han prodigado un torrente interminable de publicidad entusiasta sobre AA —desproporcionada, de hecho, en relación con el valor informativo de la noticia—. Los editores nos dicen por qué lo hacen. Nos otorgan más tiempo y espacios al aire porque su confianza en AA es total. Esa

confianza se fundamenta —explican— en nuestra insistencia continua en el anonimato personal ante la prensa.

Los medios informativos y los expertos en relaciones públicas jamás habían oído de una sociedad que rechazara categóricamente la propaganda personal para sus líderes o miembros. Para ellos, esta extraña y agradable novedad siempre ha constituido una prueba patente de que AA es de fiar; que nadie busca su propio beneficio.

Esa —nos dicen— es la razón primordial de su inmensa buena voluntad. Es por eso que, a tiempo y a destiempo, siguen transmitiendo el mensaje de AA para la recuperación al mundo entero.

Si, a causa de rupturas de anonimato consuetudinarias, acabáramos haciendo que la prensa, el público y los alcohólicos que aún sufren pusieran en duda nuestros motivos, perderíamos este recurso inapreciable y, al mismo tiempo, a multitud de posibles miembros.

Durante mucho tiempo, el doctor Bob y yo hicimos todo lo posible para mantener la tradición de anonimato. Justo antes de que él falleciera, algunos compañeros cercanos al doctor Bob sugirieron que debía erigirse un monumento o mausoleo en honor suyo y de su esposa, Anne; algo apropiado para un fundador. El doctor Bob se los agradeció, pero rechazó la idea. Cuando me contó esto, poco tiempo después, me sonrió y dijo: «Por amor de Dios, Bill, ¿por qué no nos entierran como a los demás?».

El verano pasado visité el cementerio de Akron donde yacen Bob y Anne. En la sencilla lápida no se menciona ni una palabra acerca de Alcohólicos Anónimos. Esto me hizo llorar de emoción. ¿Puede ser que esta pareja maravillosa practicara el anonimato personal hasta el punto de negarse a utilizar las palabras Alcohólicos Anónimos en su propia lápida?

Por una parte, no lo creo. Yo pienso que este magnífico y definitivo ejemplo de la negación de sí mismo demostrará tener un valor más perdurable para AA que cualquier notoriedad pública espectacular o un mausoleo majestuoso.

No tenemos que ir a Akron, Ohio, para ver el monumento del doctor Bob. Su auténtico monumento puede verse a lo largo y ancho de AA. Volvamos a mirar su inscripción verdadera... es una sola palabra que hemos inscrito nosotros, los AA; esa palabra es *sacrificio*.

PUBLICACIONES DE AA. Aquí hay una lista parcial de publicaciones de AA. Se pueden obtener formularios de pedidos en la Oficina de Servicios Generales de Alcohólicos Anónimos, Box 459, Grand Central Station, New York, NY 10163, USA. Teléfono: (212) 870 34 00.
Sitio web: www.aa.org

LIBROS

ALCOHÓLICOS ANÓNIMOS
DOCE PASOS Y DOCE TRADICIONES
REFLEXIONES DIARIAS
COMO LO VE BILL
NUESTRA GRAN RESPONSABILIDAD
ALCOHÓLICOS ANÓNIMOS LLEGA A SU MAYORÍA DE EDAD
EL DOCTOR BOB Y LOS BUENOS VETERANOS
«TRANSMÍTELO»
VIVIENDO SOBRIO
LLEGAMOS A CREER
AA EN LA CÁRCEL: UN MENSAJE DE ESPERANZA
AA PARA EL ALCOHÓLICO DE EDAD AVANZADA: NUNCA ES DEMASIADO TARDE

FOLLETOS

Experiencia, fortaleza y esperanza:

LAS MUJERES EN AA
LOS JÓVENES EN AA
SER NEGRO EN AA
AA PARA EL NATIVO NORTEAMERICANO
LOS ALCOHÓLICOS LGBTQ EN AA
LA PALABRA «DIOS»: LOS MIEMBROS DE AA AGNÓSTICOS Y ATEOS
AA PARA LOS ALCOHÓLICOS CON PROBLEMAS DE SALUD MENTAL,
Y SUS PADRINOS
ACCESO A AA: LOS MIEMBROS HABLAN SOBRE SUPERAR LAS BARRERAS
AA Y LAS FUERZAS ARMADAS
¿SE CREE USTED DIFERENTE?
MUCHAS SENDAS HACIA LA ESPIRITUALIDAD
MUJERES HISPANAS EN AA
CARTA A UN PRESO QUE PUEDE SER ALCOHÓLICO
ES MEJOR QUE ESTAR SENTADO EN UNA CELDA
(Folleto ilustrado para personas bajo custodia)

Acerca de AA:

PREGUNTAS FRECUENTES ACERCA DE AA
¿ES AA PARA MÍ?
¿ES AA PARA USTED?
UN PRINCIPIANTE PREGUNTA...
¿HAY UN ALCOHÓLICO EN SU VIDA?: EL MENSAJE DE ESPERANZA DE AA
ESTO ES AA: UNA INTRODUCCIÓN AL PROGRAMA
DE RECUPERACIÓN DE AA
PREGUNTAS Y RESPUESTAS SOBRE EL APADRINAMIENTO
EL GRUPO DE AA: DONDE TODO EMPIEZA
PROBLEMAS DIFERENTES DEL ALCOHOL
EL MIEMBRO DE AA, LOS MEDICAMENTOS Y OTRAS DROGAS
EL AUTOMANTENIMIENTO: DONDE LA ESPIRITUALIDAD
Y EL DINERO SE RELACIONAN
LA EXPERIENCIA NOS HA ENSEÑADO:
UNA INTRODUCCIÓN A NUESTRAS DOCE TRADICIONES
LOS DOCE PASOS ILUSTRADOS
LOS DOCE CONCEPTOS PARA EL SERVICIO MUNDIAL ILUSTRADOS
LAS DOCE TRADICIONES ILUSTRADAS
CÓMO COOPERAN LOS MIEMBROS DE AA CON LOS PROFESIONALES
AA EN LAS INSTITUCIONES CORRECCIONALES
AA EN LOS ENTORNOS DE TRATAMIENTO
UNIR LAS ORILLAS
LA TRADICIÓN DE AA: CÓMO SE DESARROLLÓ
SEAMOS AMABLES CON NUESTROS AMIGOS
EN EL FRENTE DEL ALCOHOLISMO
COMPRENDIENDO EL ANONIMATO

Para profesionales:

AA EN SU COMUNIDAD
BREVE GUÍA A AA
SI USTED ES UN PROFESIONAL... ALCOHÓLICOS ANÓNIMOS
QUIERE TRABAJAR CON USTED
AA COMO RECURSO PARA LOS PROFESIONALES DE LA SALUD
¿HAY UN BEBEDOR PROBLEMA EN EL LUGAR DE TRABAJO?
LOS LÍDERES RELIGIOSOS PREGUNTAN ACERCA DE AA
ENCUESTA DE LOS MIEMBROS DE AA

VIDEOS (disponibles en www.aa.org/es, subtítulos)

VIDEOS DE JÓVENES PARA DESCARGAR
ESPERANZA: ALCOHÓLICOS ANÓNIMOS
UNA NUEVA LIBERTAD

Para profesionales:

VIDEO PARA PROFESIONALES DE LA SALUD
VIDEO PARA PROFESIONALES JURÍDICOS Y DE CORRECCIONALES
VIDEO PARA PROFESIONALES DE SERVICIOS DE EMPLEO
Y RECURSOS HUMANOS

REVISTAS Y BOLETINES

AA GRAPEVINE (mensual, www.aagrapevine.org)
LA VIÑA (bimestral, en español, www.aalavina.org)
ACERCA DE AA (versión digital únicamente, <https://www.aa.org/es/about-aa>)

DECLARACIÓN DE UNIDAD

Debemos hacer esto para el futuro de AA:
poner en primer lugar nuestro bienestar común
y mantener a nuestra Comunidad unida. Porque
de la unidad de AA dependen nuestras vidas y
las vidas de todos los que vendrán.

Yo soy responsable...

cuando cualquiera, dondequiera, extienda
su mano pidiendo ayuda, quiero que la
mano de AA esté siempre allí.

Y de eso, **yo soy responsable.**

Literatura aprobada por la
Conferencia de Servicios Generales de AA.

